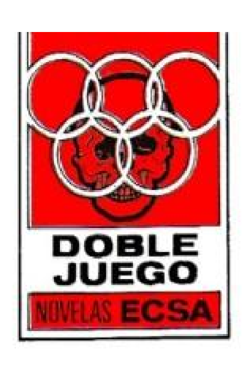
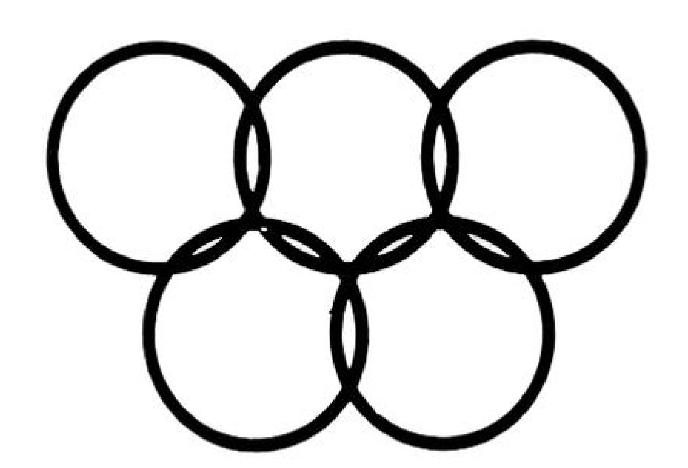


MASCARA DE ORO

Alan Parker



COLECCION
DOBLE
JUEGO



ALAN PARKER

MASCARA DE ORO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 40
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84 7518-048 5
Depósito legal: B. 39.127-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero. 1983
2.ª edición en América: julio 1983

Esta edición es propiedad
de EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Tony Lamota miró a su alrededor y sintió náuseas.

Estaba en una habitación de mala muerte en un miserable hotel del Bronx pomposamente llamado «Palace». No tenía nada mejor. Todo en su vida era malo. Había nacido con una maldición y lo más seguro era que muriese maldito.

Se levantó de la cama, se duchó y bajó al bar de Popy. Tenía tiempo de sobra antes de llegar al gimnasio.

Popy era un negro de un metro ochenta y cinco. Había sido luchador de los buenos. Se le conocía en la profesión con el nombre de «Látigo negro» por su costumbre de saltar al *ring* con un látigo en la cintura que, naturalmente, no podía utilizar aunque él lo había hecho en más de una ocasión para encender la sangre del incauto público.

En las paredes del bar había muchas fotografías de Popy en plena acción. Las mejores eran las que correspondían a cuando ganó el campeonato del mundo del superwalter a «Indio» Arizona, un descendiente de los apaches.

—¡Buenos días, Tony! —saludó Popy mientras limpiaba unos vasos.

—Hola, Popy ¿Ha venido alguno de los otros?

—Todavía no. ¿Qué quieres tomar?

—Una limonada con unas gotas de ginebra. Eso me entona.

—He oído decir que el sábado tienes un buen combate.

—Sí, en Jersey.

—¿Quién es el otro?

—«Brazo de hierro» Marlowe.

—No le conozco, pero le ganarás… —dijo Pony mientras le servía Tony lo que había pedido.

—Sí, tengo que hacerlo si quiero continuar siendo famoso —Tony dejó escapar una carcajada.

—Tú nunca serás famoso, Tony —sentenció Popy encendiendo un cigarrillo—. ¿Y sabes por qué? Porque eres demasiado técnico y poco espectacular. Podrías ganar mucha pasta si en lugar de tomarte la lucha libre como si se tratara de golf, lo hicieras como lo que es. Un espectáculo para divertir al público.

—¿Te refieres a que me vista como un fantoche y que me comporte en el *ring* como si fuera un histérico? No, gracias. No sirvo para eso.

—Entonces, nunca tendrás pasta. Chico, eres un buen luchador. Tienes una gran técnica y mucha potencia. Pero eso no es suficiente. Los promotores quieren más. ¡Quieren espectáculo y diversión! No les interesa un gran luchador que haga bostezar al público. ¿Entiendes eso, Tony?

Tony Lamota sabía que Popy tenía razón. Pero él entendía la lucha

libre de otro modo y jamás le harían cambiar de opinión.

—¡Buenos días a todo el mundo! —saludaron al entrar Mike «Jabato» y «Chico» Gómez, un portorriqueño de cien kilos. Se acercaron al mostrador. «Chico» le dio un manotazo en la espalda a Tony. Este le sonrió.

—¡Anoche le di una buena paliza a ese estúpido de «Mano de Piedra» Clarence —exclamó con su potente voz y su pésimo inglés el portorriqueño —. ¡Si hubierais oído como gritaba el hijo de perra! ¡Se acordará de «Chico» toda su asquerosa vida!

—¿Por qué le tienes tanta manía? —le pregunté al portorriqueño.

—Andaba diciendo por ahí que yo era marica, ya sabes, por mi forma llamativa de vestir. ¿Qué quieres, chico? Me gusta vestir así. Con estas camisas de colorines y estos pantalones recién planchados. Y me gusta llevar este aro en la oreja. Y aunque fuera marica ¿qué? El tío ese me había caído gordo. Y tenía ganas de echarle un pulso. Anoche fue mi oportunidad.

—¿Y tú qué dices, «Jabato»? —le pregunté al otro. Era un tipo fornido, atlético. Luchaba muy bien aunque era un gran comediante en el *ring*.

—Estoy de un humor de perros. Ese puerco de Gazzara me debe algunos billetes y como no me los pague esta misma mañana, le voy a partir el morro.

Gazzara era un promotor de segunda fila. Solía ir por el gimnasio de vez en cuando para contratar luchadores. Normalmente era un buen pagador pero ahora debía encontrarse en dificultades.

—Bien, será mejor que nos larguemos —dije—. Se está haciendo tarde.

—Pero ¿Qué prisa tienes, muchacho? —preguntó «Chico»—. El gimnasio no cierra.

—Tengo combate el sábado y quiero estar en forma.

—¿Contra quién luchas? —inquirió el «Jabato»

—Creo que se llama «Brazo de Hierro» Marlowe.

—Le conozco —dijo «Chico» haciendo un gesto despectivo—. No hace falta ni que te entrenes, Tony. A ese le tumbas con el primer mamporro. ¡Es un muerto!

—No es eso lo que me han dicho…

—Pues te han engañado. «Brazo de Hierro» es un paquete. Es más viejo que mi abuelo. Qué, ¿hacemos una partida de billar?

—No —respondió Tony agarrando su bolsa.

Y ante la sorpresa de sus amigos, abandonó repentinamente el bar.

* * *

El gimnasio se encontraba en la calle Price. Era un viejo local adecentado que en su día fue un almacén de bebidas. Olía a linimento y a sudor. Cuando Tony llegó solo había unos pocos luchadores. El entrenador, aquel granuja de Rizzo, estaba junto a uno de los *rings* enseñando a un

novato.

—¡Rizzo!—llamó Tony.

El entrenador se volvió. Era un individuo con cara de dogo. En sus tiempos había sido bueno. Solo tenía un defecto, estaba liado con el hampa.

—¿Qué hay. Tony?

—Quiero hablarte.

Rizzo se acercó sonriendo con la amabilidad de un lobo.

—¿Algún problema? —preguntó.

—Acabo de saber que «Mano de Hierro» es poco menos que una momia.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Eso no importa. ¿Es cierto o no?

Rizzo se llevó un chicle a la bocaza.

—Bueno —respondió—, no es precisamente un niño, Tony…

—Me dijiste que mi próximo contrincante sería un buen elemento. ¿Qué pasa, Rizzo? ¿Es que no quieres ayudarme? ¿Por qué diablos me ofreces siempre platos de segunda mano?

Rizzo se rascó la cabeza.

—La culpa es tuya, muchacho.

—Explícame eso.

—¡Tony! ¡Tony! Ya deberías saber cómo funciona todo este tinglado. Tienes veinticinco años y llevas por lo menos nueve de profesión. Recuerdo cuando empezaste. Apenas podías mantenerte de pie en el *ring*. Engañando a todo el mundo con tus veinte años. ¿Recuerdas aquellos combates en las ferias?

—Al grano, Rizzo.

—Chico, tienes serrín en esa cabezota. Te he dicho mil veces que los promotores quieren emoción, espectáculo. Y tú eres un gran luchador, eso nadie lo duda, pero les aburres con tanta técnica y limpieza. No te ofendas. Pero hay veces que en el *ring* pareces una damisela. Yo me desgañito diciéndoles que eres bueno, pero ellos van a su negocio y punto. Por lo tanto, tienes que conformarte con lo que te echan. Ya sé que «Mano de Piedra» es poco menos que una momia, pero qué quieres, no hay nada mejor en el mercado. Al menos para ti, muchacho. Lo siento.

—No pienso hacer ese combate, Rizzo.

El entrenador se puso repentinamente serio.

—Mira, no me vengas con ese tipo de bromas a estas horas de la mañana, Tony. Ya está firmado. Y lo que yo firmo va a la mismísima Casa Blanca.

—Me has engañado, Rizzo —mordí.

—No he podido hacer otra cosa. Lo siento. Escucha, aún eres joven y estás en condiciones de cambiar. Tienes que tomarte esto de la lucha como

lo que realmente es; un espectáculo de circo. ¡Sí! ¡Es un circo, Tony! Y, o haces el payaso o te mueres de hambre. Cambia tu imagen. Ponte un nombre pomposo, sal al *ring* vestido de vaquero o de astronauta ¿qué más da? Con eso y tu técnica podrías ganar mucha pasta. Te lo garantiza Rizzo. De otro modo, tendrás que seguir luchando con gente de segunda o tercera fila. Piénsalo.

Rizzo le guiñó un ojo y se alejó hacia el *ring*.

Tony se metió en el vestuario y se vistió para el entrenamiento. Cuando se disponía a salir, entraron «Jabato» y «Chico» Gómez.

—¡Eh! ¿Qué mosca te ha picado? —preguntó el portorriqueño—. ¿Por qué te has largado del bar de Popy de ese modo?

—Perdona, «Chico», pero tenía que hablar con Rizzo.

—¿Has sacado algo en claro? —preguntó «Jabato».

—Sí. Que voy a tener que cambiar de oficio.

* * *

Sábado.

Nueve y treinta de la noche.

El local donde se iba a celebrar la velada de lucha estaba abarrotado de público, pero Tony Lamota sabía que no habían ido a verle a él sino a la gran figura del momento: «Satán».

Tony le conocía. Era un gran luchador, terriblemente marrullero, pero era eso precisamente lo que quería el público y los promotores. Subía al *ring* con una indumentaria de una sola pieza y totalmente de color rojo. También llevaba una capa del mismo color. Todo muy llamativo. Y mientras luchaba, soltaba gritos espeluznantes. La gente lo pasaba muy bien con él. Algunas veces bajaba del *ring* y se enfrentaba con el público y les insultaba. Y cuanto más les insultaba, más se reían y mejor se lo pasaban.

Tony estaba esperando que le avisaran para subir al *ring* cuando un tipo entró en el vestuario. Era gordo como un tonel. Iba elegantemente vestido.

—Me llamo Máximo —dijo—. ¿Alguna pregunta, chico?

Le miré de arriba abajo. Era la primera vez que lo veía.

—¿Qué diablos quiere? —le pregunté.

—Hablar de negocios contigo.

—¿Qué clase de negocios?

—Supongamos que te digo que te doy quinientos pavos para que esta noche destroces a «Mano de Piedra».

—¿Qué significa para usted eso de «destrozar»?

—Bueno, que le saques el hígado o algo parecido —se rio el tonel—. ¿Alguna pregunta?

—Sigo sin entender.

Máximo se puso repentinamente serio.

—Rizzo me ha asegurado que eras un chico inteligente. Debo haberme equivocado de vestuario. Lo que quiero decirte es que dejes a «Mano de Piedra» fuera de combate para siempre. Que le rompas el cuello o la columna vertebral, yo que sé. Eso es asunto tuyo.

El tipo le daba náuseas a Tony pero siguió pinchándole.

—¿Y qué pretende con eso?

—¿Te interesa el negocio o no? —mordió Máximo.

—Es posible. Pero me gusta saber por qué hago las cosas.

—Está bien, Lamota. Ahí va. «Mano de Piedra» está más acabado que mi abuela. Y sin embargo sigue subiendo al *ring*. ¿El motivo? Me tiene cogido por el cuello a causa de cierto asunto que no viene al caso. Y para que no se vaya de la lengua tengo que complacerle. Es mejor eso que ir a la cárcel. Pero, chico, ya estoy harto. Es un mal negocio. Así que quiero apartarle de una vez de mi camino. ¿Alguna pregunta, chico?

Al tonel le gustaba repetir aquella pregunta una y otra vez. Tony pensó con rapidez. Y dijo:

—Bien, supongamos que le hago puré. Quinientos pavos me parece poco.

—Seiscientos…

—Setecientos cincuenta y no se hable más. Al contado.

Máximo sonrió mostrando unos dientes sucios y desiguales. Antes de llevarse una rolliza mano a la cartera, masculló:

—De acuerdo, chico. Serán setecientos cincuenta. Pero no olvides algo; si cuando termine el combate, «Mano de Piedra» sale por su propio pie del *ring*, podrías llegar a pasarlo francamente mal. ¿Alguna pregunta, chico?

* * *

—¡Y en este rincón, Tony Lamota, el fino estilista del Bronx! ¡Setenta y ocho kilos doscientos setenta gramos! —anunció el *speaker*.

Se escuchó una especie de zumbido entre el público. Todos sabían quién era Tony Lamota. Un buen luchador pero aburrido. Era mejor irse al bar a tomar un trago.

—¡Y aquí, señoras y señores, el famoso «Mano de Piedra»! ¡El gran excampeón de Nebraska! ¡Ochenta y tres kilos cuatrocientos gramos!

Tony le echó un vistazo a su contrincante.

Por lo menos tenía cincuenta años. Estaba fofo. Tenía ojeras y papada. Llevaba una especie de indumentaria parecida a las que usarían en la Edad de Piedra. Estaba vieja y roída. Sucia y deshilachada. Como él.

«Mano de Piedra» le miraba como un perro al que acaban de reñir. «Muchacho, no vayas a destrozarme ¿eh? Sé que tú puedes hacerlo. Pero ten un poco de compasión de este pobre gato viejo del *ring*. Tengo que seguir comiendo…»

Sonó la campana.

«Mano de Piedra» empezó a hacer el indio en medio del *ring*. Saltaba como una liebre aunque torpemente. De repente, se tiró contra Tony. Este solo tuvo que mover un pie para esquivarle. Luego le agarró por detrás y lo arrojó de bruces contra el suelo. «Mano de Piedra» cayó como un saco lleno de huevos pero se incorporó rápidamente y se lanzó con los pies por delante cazando a Tony en el estómago. Luego, y antes de que este pudiera incorporarse, le pateó la cabeza. Después, se dejó caer encima de él.

Olía a sudor de un par de semanas.

—¿Has estado hablando con ese hijo de perra de Máximo, verdad? —le preguntó a Tony al oído.

—Sí, ¿cómo lo has sabido?

—Y te ha pedido que me hagas papilla, ¿verdad?

—Algo parecido.

—¡Ese canalla! ¿Y piensas hacerlo?

—Tengo que pensármelo.

—Pues si te ha dado pasta, será mejor que lo hagas o acabará contigo. Máximo es peor que un alacrán.

Tony ya estaba harto de tener a aquel tipo maloliente encima de él así que le propinó un codazo en el estómago. «Mano de Piedra» soltó un exagerado alarido y retrocedió hasta las cuerdas.

El público empezó a abuchearles.

Cuando Tony se disponía a atacar, sonó la campana.

En el rincón, Rizzo le dijo:

—Acaba con él en este asalto. Tú puedes hacerlo. Usa el cerebro, estúpido. Si complaces a Máximo no solo habrás ganado setecientos cincuenta pavos sino que vas a tener las puertas del cielo abiertas.

—Pero para eso tengo que matar a ese desgraciado.

—¿Y qué? «Mano de Piedra» es ya una pieza de museo. Y Máximo le tiene en su lista negra. ¿O es que prefieres que también añada tu nombre?

Volvió a sonar la campana.

Tony salió dispuesto a acabar con «Mano de Piedra». Le volteó repetidas veces y cuando ya le tenía mareado, le propinó varios golpes con el antebrazo en el rostro. La nariz de «Mano de Piedra» empezó a sangrar. Bizqueaba. Jadeaba.

—¡Sigue, Tony, sigue! —le gritó Rizzo desde el rincón—. ¡No le dejes ahora! ¡Sigue!

Lamota lo alzó en el aire como un trofeo y lo arrojó por encima de las cuerdas. Se oyó un violento chasquido. El público se lo estaba pasando bastante bien. Tony Lamota estaba dando espectáculo.

«Mano de Piedra», hecho un guiñapo, se tuvo que coger a las cuerdas para volver a subir al *ring*. Tony observó que cojeaba y se dispuso a destrozarle aquella pierna. Le agarró la izquierda y se la retorció. «Mano de Piedra» dejó escapar un alarido. Pero en esta ocasión no era fingido.

Tony le volteó y casi se queda con la pierna en la mano.

El público rugía.

—¡Bien, Lamota, bien!

«Mano de Piedra» estaba de rodillas, con la cabeza inclinada sobre su pecho, reponiéndose. De vez en cuando se llevaba una mano a la rodilla izquierda.

—¡Remátale, Tony! —grito Rizzo—. ¡Remátale de una maldita vez!

«Mano de Piedra» alzó sus ojos hacia Tony. Los tenía velados. Y suplicaban. Le suplicaban que acabara de una vez o que le dejara en paz.

Tony se lanzó en plancha y «Mano de Piedra» cayó hacia atrás. Luego, Lamota, volvió a alzarle al aire, le volteó y lo dejó caer. Por un momento, pareció que el *ring* se venía abajo. «Mano de Piedra» estuvo unos instantes sin moverse. Tony creyó que lo había matado. Poco a poco empezó a levantarse. Le sangraba la nariz. Y cojeaba. Se quedó frente a Tony, inmóvil, como el reo al que van a fusilar. Sudaba, sangraba, se estaba muriendo poco a poco…

—¡Lamota, Lamota, Lamota! —empezó a bramar el público.

Tony tuvo la impresión de que se encontraba en un circo romano.

—¡Acaba con él! —gritaba Rizzo—. ¡Aplástale!

«Mano de Piedra» seguía inmóvil, esperando el ataque de su contrincante. La sangre teñía ahora su pecho; le bajaba desde la frente y la nariz.

Tony se acercó hasta el pobre viejo, le dio un tremendo empujón y luego se arrojó sobre él. Las espaldas de «Mano de Piedra» estaban contra el suelo del *ring*.

—¿Qué estás haciendo? —jadeó «Mano de Piedra»

—Voy a dejar que sigas viviendo, muchacho.

—¡Estás loco! ¡Máximo te matará!

El árbitro contó los tres segundos reglamentarios y luego alzó el brazo de Tony.

Empezaron a caer toda clase de objetos sobre el *ring*. Cuando Lamota se dirigía al vestuario, intentaron agredirle.

Rizzo maldecía.

Y Tony esperaba preparado para lo que pudiera venir.

CAPÍTULO II

Tony Lamota abandonó el local tomando toda clase de precauciones. Le había devuelto los setecientos cincuenta pavos a Rizzo para que este se los entregara a Máximo.

Media hora después entraba en su hotelucho. Subió a su habitación y se dejó caer en la cama.

Al cabo de quince minutos, llamaron a la puerta. Tony brincó de la cama.

—¿Quién es?

—Tu geisha.

Tony abrió.

—Me alegro de que hayas venido, nena —le dijo a su chica. Trabajaba de camarera en una cafetería del barrio. Era morena, bien formada. Se llamaba Carol y solo tenía veinte años. Tony la había conocido en aquella cafetería en una noche lluviosa. Hablaron, simpatizaron, y tres horas después, se amaban en una ruidosa cama.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella—. Debes de estar en algún apuro gordo cuando me has dicho eso de que te alegra de que haya venido. No sueles hacerlo…

Él sonrió.

—Sí, a veces soy un poco brusco contigo. Pero es mi forma de ser, ya lo sabes. Necesito que me prestes cien pavos.

—¿Cien pavos? ¿Para qué quieres esa fortuna? ¿Es que piensas dar la vuelta al mundo?

—Me tengo que largar unos días de la ciudad, Carol.

La muchacha tiró su bolso sobre la cama y acarició el rostro de Tony. Había comprendido que la cosa iba en serio.

—¿Qué ha pasado?

Él se lo contó.

—Has hecho muy bien, Tony —le dijo ella.

—Sí, es posible, pero acabo de cavar mi propia fosa. Ese Máximo no es de los que perdonan. Y Rizzo es ahora mi enemigo.

—Tendrás esos cien pavos, cariño —le dijo ella dulcemente—, pero ¿a dónde piensas ir? ¿Qué piensas hacer?

—Iré a casa de un viejo amigo, en Cleveland. Durante algún tiempo desapareceré del mapa. Luego, es posible que todo se olvide.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, Carol. Sería una estupidez. No tengo nada que ofrecerte.

Él vio que la muchacha se ponía triste.

—¡Varaos, vamos, nena! ¡No hay para tanto! Solo serán tres o cuatro meses.

—Toda una eternidad, Tony. ¿O es que no sabes lo mucho que te quiero, granuja?

Él la abrazó, se besaron, y cayeron sobre la cama. Las fuertes manos de Tony acariciaron los muslos de la chica, suaves y ardientes. Luego, con la delicadeza impropia de un bruto como él, comenzó a desnudarla. La ropa fue cayendo, pieza tras pieza, sobre la vieja y descolorida alfombra.

Y ella quiso amarle aquella noche con la intensidad suficiente para que él no la olvidara en mucho tiempo.

* * *

Carol y Tony abandonaron el hotelucho y se dirigieron a casa de la muchacha. Era un sencillo apartamento, limpio y acogedor. Carol vivía con un gato y muchos recuerdos.

Rebuscó en un viejo mueble de su habitación y le entregó los cien pavos.

—Te escribiré comunicándote dónde estoy —le dijo él.

Ella se puso a llorar.

—¡Soy una tonta! —exclamó hipando—. Me he prometido a mí misma que no lloraría y ya ves...

Tony la besó con fuerza y abandonó el apartamento antes de cambiar de opinión.

Se dirigió a la parada del autobús. El de Cleveland no salía hasta dentro de una hora.

En el bar se tomó un café y encendió un cigarrillo. Al levantar la cabeza se vio reflejado en el espejo y se contempló durante unos instantes. Solo vio a un imbécil que había escogido el camino equivocado de la vida, aquel que no conducía a ninguna parte.

Cuando anunciaron la salida del autobús hacia Cleveland, Tony se dirigió lentamente hacia el mismo.

Y de repente, dos tipos se le pusieron delante. Eran un par de gorilas de Máximo.

—El jefe quiere hablarte —le dijo uno de ellos.

—Yo no quiero hablar con él —respondí.

—No te hagas el gracioso —dijo el otro—. Tengo una pistola apuntándote. Vamos.

Tony vio el bulto en el bolsillo de la impecable americana de aquel tipo. La cosa iba en serio. Demasiado en serio para permanecer ni un momento más en Nueva York.

Lo único que se le ocurrió fue arrojarse sobre el tipo de la pistola y sacudirle un golpe con el antebrazo. El pistolero dio media vuelta y cayó de culo en el sucio suelo de la estación de autobuses. El público que se encontraba allí, sorprendido por aquello, empezó a desperdigarse para evitar males mayores. El compañero del que había caído fue a golpear a

Tony pero este le agarró el brazo y le hizo saltar por encima de él. Aterrizó en un bloque de asientos y se quedó allí, doliéndose de la cabeza.

De repente aparecieron dos policías.

Los matones de Máximo, al verles, echaron a correr. Tony se quedó unos segundos indeciso y luego hizo lo mismo.

—¡Deténgase! —gritó uno de aquellos policías.

Pero Tony siguió corriendo, corriendo…

* * *

Se dirigió a Cleveland haciendo auto stop.

Tuvo que soportar la lluvia y el frío, la mala comida y los insultos de algunos conductores, pero al fin llegó donde se había propuesto. Su amigo, Peter O'Connor, era un viejo compañero del servicio. Tenía un pequeño establecimiento dedicado a la venta de artículos fotográficos.

Cuando Peter lo vio entrar en su tienda, se llevó una gran alegría.

—¡Eh, campeón! —gritó mientras salía de detrás del pequeño mostrador.

—¿Qué tal, Peter?

Se abrazaron sin importarles las dos personas que había allí esperando a que Peter les entregase los rollos que habían llevado a revelar.

—¿Qué estás haciendo en Cleveland?

—Luego te lo contaré.

O'Connor se deshizo de los dos clientes, cerró la tienda y se llevó a Tony a su casa, situada en la parte trasera del mismo edificio donde tenía el negocio.

Tony le contó, entre copa y copa, lo que había ocurrido en Nueva York. O'Connor le escuchó como un confesor.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, muchacho —le dijo finalmente.

—Gracias, Peter. Pero me gustaría ayudarte de algún modo. ¿Qué tal anda el trabajo por aquí?

—Mal, como en todas partes. Mira, muchacho, no tienes que preocuparte por eso. Recuerdo que al acabar el servicio estuve viviendo cerca de un mes en tu casa. Te portaste bien conmigo en un momento en que mis bolsillos estaban de huelga. Y Peter O'Connor no olvida esa clase de favores. Te instalarás aquí.

—¿Qué dirá tu mujer?

—Nos hemos separado.

—Lo siento.

—Yo no —rio Peter—. Ahora vivo mejor. Por cierto, te voy a presentar a alguien a quien te gustará conocer.

—¿Quién es?

—Se llama Billy Dirxon. Mide un metro noventa y es fuerte como

Hércules. Su nombre de guerra es «Mohicano» Dirxon y te puedo asegurar que llegará a ser una gran figura de la lucha libre.

—Me gustará conocerlo.

* * *

Carol se acostó temprano aquella noche, una noche en la que llovía a cántaros. En cuanto se encontró entre las sábanas, frías y húmedas, se acordó de Tony. Cuando estaba entre sus brazos, no notaba la frialdad ni la humedad de las sábanas. Solo un agradable calorcillo, como el que debe de sentir un pájaro en su nido.

Pero Tony no estaba junto a ella.

Y sin él al lado se sentía perdida y desamparada. Estaba segura de que no podría pasar demasiados días sin verle.

Cuando estaba a punto de quedarse dormida, oyó que alguien llamaba suavemente a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó desde la cama.

—Un amigo.

—¿Un amigo?

—Un amigo de Tony.

Se puso la bata y fue a abrir.

Cuando se dio cuenta de que la habían engañado, era demasiado tarde. Los dos matones entraron violentamente en el piso y detrás de ellos, un elegante tonel.

Carol los mire de uno en uno, asustada.

—Tranquila, muñeca. No te va a pasar nada si nos dices lo que queremos saber. ¿Alguna pregunta, nena?

—Máximo... —murmuró ella.

Él sonrió.

—Lo que queremos saber es dónde está ese sinvergüenza de Tony Lamota —dijo entre dientes uno de los matones.

—No lo sé.

Máximo parpadeó.

—¿Qué has dicho?

—Que no lo sé.

El rostro del matón que la muchacha tenía más próximo a ella, sufrió un tic.

Máximo volvió a sonreír.

—Estarás hablando en broma, supongo.

—Le aseguro que no. Se ha largado sin despedirse siquiera. ¡Por mí se puede ir a paseo! Hemos terminado.

—¿Cuánto hace que no le ves? —preguntó Máximo.

—No me acuerdo. Quizá una semana o más.

El matón la sujetó por un brazo.

—¡Estás mintiendo, muñeca! El conserje del hotel donde se hospedaba Tony nos ha dicho que anoche estuviste allí.

—Está en un error.

Máximo la abofeteó.

—No me gusta que me tomen el pelo, muñeca. O dices a dónde ha ido Tony o haremos añicos esa cara tan bonita que tienes.

Carol sufrió un escalofrío. Sabía demasiado bien que aquellos tres individuos eran capaces de hacer lo que decían. Pero ella no podía traicionar a su Tony.

—Le repito que no sé dónde se encuentra.

La mano del matón más cercano salió despedida como un látigo y chocó violentamente contra la cara de la muchacha. Carol dio un traspié y cayó sobre la cama.

Máximo se acercó a ella.

En vista de que la chica seguía con la boca cerrada, Máximo le hizo un gesto al matón. Este agarró a la muchacha por los pelos, la obligó a ponerse de pie y antes de que Carol pudiera proferir un solo gemido, sintió que su estómago se partía en dos y supo que otro golpe como aquel, la reventaría.

Sin embargo, siguió guardando silencio y los golpes continuaron cayendo hasta que acabó sobre la cama hecha un guiñapo.

—A lo mejor está diciendo la verdad, jefe —dijo finalmente uno de los matones—. Nunca he conocido a una mujer que aguante tanto.

Máximo silbó una maldición.

Viendo aquel precioso cuerpo deshecho y sanguinolento sobre la cama se podía pensar que, en efecto, la muchacha no sabía nada.

Aquello le puso de mal humor. Al entrar allí estaba seguro de que volvería a salir sabiendo dónde podría encontrar a aquel hijo de perra de Tony Lamota.

Cuando abandonaron el piso, Carol se levantó pesadamente de la cama. Le dolían hasta las raíces de los cabellos. Se acercó a un espejo y se miró. Parecía un monstruo.

Sin embargo, aún tuvo humor para sonreír. Había salvado a su Tony.

* * *

Peter O’Connor tenía razón.

«Mohicano» Dirxon tenía toda la estampa de un luchador, pero aquello no era suficiente. Había que verle en acción.

Cuando Peter y Tony llegaron al gimnasio, el muchacho estaba entrenando en el *ring* con un viejo luchador, todo experiencia.

Tony observó a Dirxon.

Era una mole y tenía unos brazos como troncos; era ágil y agresivo. Se había afeitado la cabeza. Solo conservaba un mechón de cabello en el

centro de la misma y que terminaba al comienzo de la nuca, al viejo estilo de las tribus mohicanas.

—Cuando lucha lleva una indumentaria de gran jefe mohicano —sonrió Peter—. Es todo un espectáculo.

—Sí, como les gusta a los promotores —gruñó Lamota.

—¡Eh, Dirxon! —llamó Peter.

El muchacho se volvió.

—¿Qué hay, señor O'Connor?

—Baja un momento. Quiero que conozcas a alguien.

Dirxon saltó ágilmente del *ring*.

—Este es mi amigo…

—Jack Wellman —mintió Lamota—. Me llamo Jack Wellman.

—Encantado, señor Wellman.

—También es luchador —dijo O'Connor.

—¿Ah, sí? ¿Dónde ha luchado, señor Wellman?

—No me llames «señor Wellman», muchacho. Llámame simplemente Jack. Bueno, pues he luchado en muchos sitios.

—Le envidio. Yo solo lo he hecho en esta miserable ciudad. ¡Si supiera las ganas que tengo de hacerlo en Nueva York, por ejemplo! Allí un luchador con ambición puede realizarse. Sin embargo aquí…

—¿Eres ambicioso?

—Sí, Jack —asintió Dirxon—. Sé que puedo llegar a ser bueno y quiero ganar mucho dinero.

—Sin embargo te falta algo de técnica —le dijo Tony.

—Tiene razón —asintió «Mohicano»—, pero aquí no se puede aprender mucha cosa más. Ese que está en el *ring* es mi entrenador. Ya no tiene nada que enseñarme.

—Es posible que Jack sí pueda enseñarte algo más, Dirxon —le dijo Peter.

El muchacho miró entusiasmado a Tony.

—¿Haría usted eso por mí, Jack? ¿Me enseñará algunos trucos?

Tony pensó que su amigo le había metido en un buen lío. Él no quería ser el maestro de nadie y mucho menos en las condiciones en que se encontraba. En realidad, lo que pretendía Lamota era permanecer alejado del mundo de la lucha durante cierto tiempo. Pero tampoco le podía hacer un desaire a quien le iba a dar cobijo.

—Haré lo que pueda, muchacho —le respondió Tony.

—¡Estupendo! ¿Cuándo empezamos?

—¿Qué te parece mañana?

—¡Fantástico!

—Estaré aquí a las diez, Dirxon.

Cuando salieron a la calle, Peter O'Connor comentó:

—Quizá no he hecho bien en decir eso, Tony.

—Olvídalo. Parece un buen chico.

* * *

—Te crees un lobo y no eres más que Caperucita, Máximo —le dijo Mike Dundee—. A veces no sé por qué te mantengo en el puesto.

Máximo con su seboso rostro lleno de sudor, miró a su jefe. Mike Dundee era el promotor de lucha libre más importante de Nueva York. Tenía a los mejores luchadores del momento, a los más espectaculares; en definitiva a los más rentables. Entre ellos a Satán.

Mike Dundee parecía un sofisticado ejecutivo. Vestía impecablemente. Tenía buenas maneras y clase. Era apuesto y rico. Por todo ello, las mujeres se volvían locas por él. Le llamaban «El amante de oro».

Para Mike, una mujer era como un bolígrafo.

Una vez usada se echaba al cesto de los papeles.

También seguía el mismo sistema con sus luchadores. Cuando alguno de ellos dejaba de serle rentable, lo despedía. Y eso es lo que había hecho en un tiempo con «Mano de Piedra». Arrojarlo al cesto de los papeles. Pero aquel estúpido de Máximo, seguía manteniéndole. Y cuando se había decidido a acabar con él, Lamota le había fallado. Se había burlado de él delante de cinco mil espectadores.

—Eres un inepto, Máximo —le escupió Mike Dundee—. ¡No sé qué diablos voy a hacer contigo!

—Jefe…

—¡Cierra el pico! —Dundee se estaba sirviendo un whisky en el bar que tenía en su elegante despacho de la calle 44.

Por un momento se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

—¿Dónde está ahora «Mano de Piedra»? —le preguntó de repente Dundee.

—Acostumbra a ir al bar de Bee Gee como todos los que están acabados —dijo Máximo—. Seguro que ahora está allí.

—Acaba con él.

—¿Qué?

—¡Qué le liquides!

—No —Máximo había vuelto a sudar—. No haré eso, Mike. Muchos de sus amigos saben lo que ocurrió entre los dos. Si le líquido, sospecharán y en menos de cinco minutos tendré a la poli detrás de mí.

—No, si haces las cosas bien, Máximo.

—Pero…

—¡Es la única alternativa que te queda, estúpido! —bramó Dundee—. ¿Es que no te das cuenta? Ese desgraciado te tiene en sus manos por aquel asunto de las drogas. No te descubrió a la policía pero ahora te está presionando. Te obliga a darle combates, te pide dinero… ¡Se está riendo

de ti! Liquídale, Máximo. Es el único modo de que te libres de él.

—Es posible que tengas razón.

—Siempre la tengo. Y ahora hablemos del otro asunto: Tony Lamota.

—Se ha largado... —respondió con resentimiento Máximo.

—Eso ya lo sé... —Dundee hizo tintinear los cubitos de hielo de su vaso —. Pero ¿adonde?

—No tengo ni idea.

—Lamota tiene una chica. A lo mejor ella lo sabe.

—La otra noche estuvimos en su casa y la zurramos bien. No conseguimos nada. Después de la paliza que le dimos, estoy seguro de que esa muchacha ignora dónde se encuentra Tony. De otro modo hubiese hablado.

—Sé por experiencia lo que una mujer enamorada puede llegar a aguantar por su hombre —respondió Dundee—. No la perdáis de vista y acabará conduciéndoos a dónde está Lamota.

—De acuerdo, Dundee —dijo Máximo asintiendo con la cabeza—. Pondré a alguien para que la siga noche y día. ¿Algo más?

—Liquida a «Mano de Piedra», Caperucita —sonrió burlonamente Mike Dundee.

Máximo abandonó el lujoso despacho de su jefe con la terrible sensación de ser un imbécil.

* * *

Cerca ya del anochecer, «Mano de Piedra» salió del bar de Bee Gee, una especie de antro maloliente de la calle Oswold.

Bee Gee era algo así como el cementerio de las viejas glorias de la lucha libre. Se reunían allí para hablar de los viejos tiempos y de sus triunfos. Nadie hablaba de fracasos ni de derrotas. Habría sido demasiado triste para unos hombres que ya estaban en el ocaso de su carrera y de su vida. Preferían recordar lo bueno y olvidar lo malo.

Hacía frío y «Mano de Piedra» se levantó el cuello de su maltrecha cazadora. Tendría que pedirle algún dinero a Máximo. Y aquel cerdo no podría negárselo. Lo tenía cogido por el cuello. Pero en esta ocasión no se iba a conformar con unos miserables dólares. Estaba en condiciones de exigirle por lo menos dos mil pavos. O eso o la cárcel. Máximo no iba a dudar. No sería tan estúpido de ir a parar a la cárcel por dos mil cochinos dólares.

Vio una cabina telefónica al otro lado de la calle. Se detuvo. Solo para recordar el número de teléfono de Máximo. Cuando se acordó, abandonó la acera y se dispuso a cruzar la calzada.

En ese momento surgió un coche de la oscuridad y antes de que «Mano de Piedra» pudiera evitarlo, ya se lo habían llevado por delante arrojándole sobre un montón de basura.

El viejo y cansado cuerpo del luchador quedó hecho añicos.
Había sido su último asalto.

CAPÍTULO III

Tony Lamota sintió por primera vez en su cuerpo la rudeza de aquel par de tentáculos que eran los poderosos brazos de «Mohicano» Dirxon.

El muchacho apenas tenía técnica. Era todo fuerza y voluntad. Conocía un par de llaves, las más usadas, pero desconocía otras. No sabía hacer correctamente el volteo a su contrincante. «Mohicano» era una especie de diamante en bruto.

Aquella mañana se estaba entrenando en el gimnasio. Tony le había dado una buena paliza a base de golpes y contragolpes, pero en una de las ocasiones, «Mohicano» le había sujetado bien y Lamota tuvo la impresión de que iba a partirle el cuello.

Tuvo que golpearle con el codo en el estómago. Pero no dio resultado. Los músculos acumulados allí eran de acero.

«Mohicano» siguió apretando. Tony hubiera querido decirle a aquel animal que le soltase, pero hubiera sido como reconocer su inferioridad y falta de recursos y él era un luchador profesional. No le quedó más remedio que recurrir al viejo truco del pisotón. «Mohicano» dejó escapar un alarido y le soltó. Lamota aprovechó aquella circunstancia para agarrarle por el cuello y voltearle una y otra vez hasta marearlo.

«Mohicano» quedó tendido en la lona, aturdido.

Lamota, se tomó un pequeño respiro. Luego sonrió y se acercó al muchacho para ayudarle a levantarse. Y entonces vio algo en los ojos de Dirxon que no le gustó. Brillaban como ascuas, se habían convertido en dos puntitos teñidos de rojo. Era la mirada de alguien a quien no le gusta la idea de perder y que a la primera ocasión que se le presente hará algo por vengarse.

Lamota había descubierto que Dirxon era un mal perdedor y lo que era peor, un ser vengativo.

De repente, la sonrisa apareció en los labios del muchacho. Aquella inquietante mirada que Tony había visto en sus ojos, había desaparecido.

—¡Me has dado una buena paliza, Jack! —exclamó «Mohicano» poniéndose de pie de un salto.

—Por hoy ya está bien, muchacho —dijo Tony—. Vamos a la ducha.

Luego, en el vestuario, Dirxon le dijo:

—Todavía me queda mucho que aprender, Jack. Oye, se me acaba de ocurrir una idea.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué no te conviertes en mi entrenador? Mira, tengo grandes planes. Podríamos ir a medias en los beneficios.

—No me interesa, Dirxon.

—¿Por qué no?

—Razones personales. Pero lo que sí puedo hacer es entrenarte durante algún tiempo en el gimnasio. Pero solo en el gimnasio. No quiero estar en el rincón.

—Jack, ¿por qué no eres sincero conmigo?

—¿Qué quieres decir?

—Tú tienes algún problema y me gustaría ayudarte.

—Eso no es asunto tuyo, Dirxon…

—Está bien, perdona.

Tony Lamota siguió entrenando a «Mohicano». El muchacho aprendía con rapidez. Ahora ya no era solamente un montón de músculos en movimiento. Había adquirido más agilidad y ejecutaba perfectamente las llaves que le había enseñado Tony.

Y un día, le llegó la oportunidad de celebrar un combate en una ciudad cercana a Cleveland…

—¿No es una buena noticia, Jack? —Dirxon estaba realmente entusiasmado.

—Sí, claro. ¿Sabes el nombre de tu contrincante?

—«Tigre» Juárez. ¿Le conoces?

—Sí. Es bastante bueno.

—¿Has peleado alguna vez con él?

—No… pero le he visto en acción. No es muy alto pero es muy ágil. Su golpe favorito es el uno-dos con ambas manos. Suele golpear en la frente para atontar a sus rivales y luego los machaca con los pies. Pero puedes ganarle si evitas que emplee el uno-dos.

—¡Le venceré! —exclamó «Mohicano»—. ¡Voy a convertir a ese tigre en un pacífico gato, Jack! Oye, supongo que me acompañarás, ¿verdad? Sé que me darás buena suerte.

—No, Dirxon. No pienso moverme de aquí.

—Como quieras —dijo el muchacho con tristeza.

—De acuerdo, te acompañaré. Pero no estaré en el rincón.

—¡Gracias, Jack!

* * *

Tony Lamota se ocultó en la parte más oscura del local.

Había más gente de la que había supuesto. Miró a su alrededor buscando a alguien que pudiera reconocerle, pero todas aquellas caras le eran totalmente desconocidas. Eso le tranquilizó.

El combate apenas tuvo color.

«Mohicano» demostró aquella noche que podía llegar a ser una impórtame figura de la lucha libre. A la técnica que le había enseñado Tony, había sumado una gran fuerza y espectacularidad. Con aquella

indumentaria de jefe mohicano, con sus gritos de guerra y sus poderosos músculos, acabó por meterse al público en el bolsillo. A los pocos minutos de haberse iniciado el combate, todos coreaban su nombre.

No permitió ni en una sola ocasión que «Tigre» Juárez empleara con él su temible uno-dos. Dirxon se lo impidió a base de furiosos contragolpes.

A la mitad del tercer asalto, con todo el público a su favor, «Mohicano» agarró a su rival por el cuello y lo estrello contra las cuerdas y cuando «Tigre» salió rebotado como una pelota, Dirxon le estaba esperando para propinarle un terrorífico *crochet* con el antebrazo.

«Tigre» se desplomó hacia atrás como si acabara de recibir una descarga eléctrica y ya no volvió a levantarse.

El público se puso en pie para aplaudir rabiosamente a Dirxon mientras este, en el centro del *ring*, daba saltos y gritos de victoria a la vieja usanza india.

En aquel momento, Tony Lamota comprendió que acababa de nacer una nueva estrella de la lucha libre.

* * *

«Mohicano» Dirxon siguió cosechando triunfos. Su nombre se había hecho famoso. Pero solo en las pequeñas ciudades del medio Oeste.

Tony Lamota le entrenaba en la oscuridad del anonimato. Se habían hecho buenos amigos.

Pero la ilusión de «Mohicano» era llegar a los cuadriláteros de Nueva York. No se conformaba con luchar en los *rings* de segunda categoría ganando unos miserables dólares. Él estaba seguro de que podía vencer a cualquiera de las primeras figuras.

—Cualquier día de estos me presento a un promotor de Nueva York, Jack.

—¿Para qué, muchacho? Allí hay muy buenos luchadores y posiblemente serías uno más. Sin embargo aquí eres el gallito.

—No confías en mis posibilidades, ¿verdad?

—Claro que confío, Dirxon. Pero voy a decirte una cosa. Aquello es un basurero. Y si te metieras en él, llegarías a oler muy mal. Aquí sin embargo es distinto. Es todo más limpio. Acepta un consejo de amigo y no quieras ir nunca a Nueva York.

—Jack, veo que sabes mucho de esas cosas. Me doy cuenta de que conoces bien el mundo de la lucha libre. Y además eres un gran luchador. Lo poco que ahora sé lo he aprendido le ti. Mira, podríamos llegar a hacer un gran negocio juntos. Tú desde el rincón y yo en el *ring*.

—Te dije en cierta ocasión que ese negocio no me interesaba.

—¡Jack! ¿Pero qué diablos te pasa?

Tony dudó unos momentos. Quizá su amigo ya tenía derecho a conocer toda la verdad.

Y se la contó.

«Mohicano» le escuchó con la boca abierta, atónito. Era un muchacho fácilmente impresionable y aquella historia le conmocionó.

—¡Tony Lamota! —exclamó—. ¡Tú eres Tony Lamota! ¡Diablos!

—¿Que pasa, Dirxon? Ni que te hubiera dicho que era «Dinamita» Jones, el mejor luchador de todos los tiempos. No soy más que un muerto de hambre. ¿Por qué estás tan sorprendido?

—Tony, tú no has llegado a conocer a mi padre. Era un gran hombre. Murió hace un año de un infarto. Pues bien mi padre era un gran aficionado a la lucha libre, incluso la había practicado en su juventud. Un día me dijo: «Muchacho, si alguna vez llegas a ser tan bueno como Tony Lamota me daré por satisfecho». Sí, eso fue lo que me dijo… No cabe duda de que te vio luchar en Nueva York y le impresionaste. Y ahora mira por dónde y sin yo saberlo, el famoso Tony Lamota ha sido mi maestro.

—Tu padre debió de ser un gran tipo —sonrió Tony—. ¿Sabes? Es el primer fan que me ha dicho eso. Pero exageraba.

—Ahora comprendo que no quieras volver a Nueva York —dijo pensativamente «Mohicano»—, pero ya han transcurrido cerca de tres meses. ¿Crees que se seguirán recordando de aquello?

—No quiero tentar a la suerte, Dirxon. Esperaré un poco más.

«Mohicano» siguió ganando peleas y su espectacularidad llenaba los locales.

Un día alguien le vio luchando y después hizo una rápida llamada a Nueva York.

Concretamente a Mike Dundee, el gran promotor.

—¿Mike? Soy Harry Benson.

—¿Qué sucede?

—Acabo de descubrir un filón. Se hace llamar «Mohicano» Dirxon.

—De acuerdo. Averigua todo lo que puedas de él. Y si realmente vale la pena, envíamelo.

* * *

Carol terminó su turno en la cafetería y abandonó rápidamente la barra.

El individuo que se encontraba sentado a una mesa cercana a la puerta, la miró disimuladamente.

La muchacha bajó al vestuario pero, en lugar de entrar en el mismo, lo hizo en el pequeño despacho de su jefe. Descolgó el teléfono y marcó un número de Cleveland.

Al poco se oyó una voz familiar.

—¿Sí?

—Soy Carol.

—Nena…

—¡Tony! ¡Tony! Si supieras cómo te echo de menos.

—Yo también. ¿Qué tal andan las cosas por ahí?

Carol no le había contado en ninguna de las anteriores llamadas la paliza que le habían propinado los matones de Máximo y ahora tampoco pensaba hacerlo. No quería que Tony cometiese la locura de regresar a Nueva York para vengarse. Pero sí le contó lo otro.

—Me siguen noche y día.

—Mike Dundee es de los que no perdonan —gruñó Lamota—. Tienes que ir con mucho cuidado, Carol.

—Ya lo tengo. Escucha, Tony ¿por qué no voy a verte? ¡Me muero de ganas de estar entre tus brazos!

—No sería prudente. Podrían seguirte.

—Sé cómo despistarlos.

—No, todavía no. Más adelante, quizás.

—¡Esto no puede seguir así, cariño! —exclamó ella—. ¡Hay que hacer algo!

—Lo sé… lo sé… pero tengamos un poco más de paciencia.

—Tony, tengo que colgar. El jefe no tardará en volver.

—Cuídate mucho, nena.

—Adiós…

Cuando Carol abandonó el despacho se encontró con alguien en el corredor. Era el tipo que la estaba siguiendo.

—Has estado llamando por teléfono, ¿verdad? —le preguntó entre dientes.

—¡Y a usted qué le importa!

Aquel hombre sonrió siniestramente y alargó un brazo hacia la muchacha. Ella quiso escapar pero era como si alguien la hubiera atado a un poste.

—¿A quién has llamado? A Tony ¿no es cierto?

—Bueno, si quiere saberlo he llamado a una amiga.

El hombre la abofeteó. Carol salió despedida contra la pared.

—¿Dónde está Tony? —masculló el hombre.

—¡No sé de qué me está hablando! ¡Le repito que he llamado a una amiga!

—Mira, muñeca… llevo muchos días detrás tuyo y ya estoy harto. Sé que has estado llamando a ese bastardo, pero se acabó. Vas a decirme ahora mismo dónde se encuentra o te hago pedazos.

—Ya he oído otras veces esas mismas amenazas y no me dan miedo… —respondió valientemente la muchacha. Pero de pronto, cuando sintió las manazas de aquel hombre en su cuello, empezó a temblar. Sobre todo cuando empezó a notar que le faltaba la respiración.

—¡Dímelo! ¿Dónde se oculta Tony? ¡Vamos, responde o sigo apretando!

Carol comenzó a flotar entre tinieblas.

Ahora sabía que iba a morir.

* * *

«Mohicano» estaba cada vez más ágil. Sus saltos eran espectaculares, tan espectaculares como sus gritos de guerra.

Cogió a su contrincante y lo lanzó al aire como si fuera una pluma. Era un luchador cuarentón, sin dientes. Un gato viejo del *ring*. Demasiado viejo para aquel huracán llamado «Mohicano» Dirxon.

—¡Vamos, levántate! —le gritó este con la suficiente fuerza para que pudiera oírlo todo el público—. ¡Arriba, cobarde!

Y el público empezó a chillar: ¡COBARDE, COBARDE, COBARDE!

Dirxon se puso a dar brincos alrededor del *ring* y dando gritos de guerra indios. Aquello enardeció más al público. El otro permanecía arrodillado en el centro del cuadrilátero, completamente atontado por el golpe recibido. Bizqueaba.

¡COBARDE, COBARDE, COBARDE!

Tony, en un rincón del local, cerró los ojos.

Cada vez sentía más asco de todo aquello. Luego, abandonó su escondite antes de contemplar la destrucción de aquel pobre payaso que hacía esfuerzos por proseguir el combate. Le recordó a «Mano de Piedra».

El contrincante de «Mohicano» se había puesto de pie y avanzó en dirección a este. Dirxon le esperaba con las manos en la cintura, la barbilla levantada en actitud desafiante. Era todo un gallo de pelea cada vez más seguro de su superioridad.

El luchador intentó agarrar a Dirxon pero este le esquivó con la misma facilidad con que se esquiva a un niño y de un empujón lo arrojó contra las cuerdas. Luego se aproximó a él y enrolló estas alrededor del cuello de su contrincante. La gente se lo estaba pasando divinamente viendo a aquel pobre hombre intentando salvarse de la horca. El árbitro se acercó para separarlos, pero «Mohicano» le dio un empujón. Sin embargo antes de que volviera a la carga, separó las cuerdas para que aquel pobre desgraciado siguiera viviendo. Cayó de rodillas sobre la lona, tosiendo y con ambas manos en el cuello. Dirxon lanzó su conocido grito de guerra anunciando al público que iba a acabar con aquel despojo.

Le dio un rodillazo en la cara. El despojo cayó hacia atrás.

«Mohicano» le levantó del suelo y lo depositó «amablemente» en la primera fila del *ring*.

El árbitro empezó a contar.

Uno, dos, tres, cuatro...

Podría haber llegado hasta mil sin que el contrincante de «Mohicano» Dirxon hubiera movido un solo músculo de su maltrecho cuerpo.

* * *

Tony Lamota le estaba esperando en el callejón que había junto al local donde se había celebrado la velada.

Dirxon llegó más contento que unas pascuas.

—¿Has visto la paliza que le he dado a ese?

—Sí… —respondió escuetamente Tony.

—¡Eh! ¿Qué te pasa?

—No me gusta cómo van las cosas, Dirxon.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te has vuelto una especie de caníbal. No eres el Dirxon que yo conocí al llegar a Cleveland. Me recuerdas demasiado a esas bestias que hay en los *rings* de Nueva York.

—Tony, esto no es el golf. ¡Es lucha libre!

—Ni siquiera eso. Es un asesinato. Cuando he estado viendo cómo golpeabas a ese pobre desgraciado… Pero tú no lo entenderías porque los triunfos te han nublado la mente.

—Tony, empiezo a pensar que deberías haberte dedicado a otro deporte.

—Tal vez. Bien, de todos modos ya no importa. Me largo.

—¿Qué?

—Que me largo de aquí.

—¿Adónde piensas ir?

—No tengo ni idea. Pero ya te lo comunicaré algún día.

—Tony… Te necesito.

—No intentes convencerme, muchacho. Ya eres mayorcito para ir solo por el mundo. ¡Adiós!

«Mohicano» vio cómo se alejaba.

—¡Vete al infierno! —murmuró—. ¡Ya no te necesito!

Dio media vuelta y se dirigió hacia su casa. De repente, al volver una esquina oyó que alguien le llamaba.

—¡Eh, chico!

Dirxon se detuvo y Harry Benson bajó de su automóvil.

—¿Qué quiere? —le preguntó Dirxon.

—Hablar contigo.

—¿De qué?

—De negocios. Me llamo Harry Benson y soy descubridor de nuevos valores de la lucha. Tú me interesas.

—¿Sí?

—¿Vamos a tomar un trago?

Entraron en un bar próximo.

—Te he visto varias veces —le dijo Harry—. Tienes madera de campeón, ¿sabes?

Los ojos de «Mohicano» se abrieron como platos.

—¿Lo dice de verdad?

—¡Claro! De otro modo no estaría perdiendo el tiempo contigo. ¿Te gustaría venir conmigo a Nueva York?

—¿A Nueva York? —casi gritó Dirxon.

—Eso es, chico. A la meca de la lucha. Y quizás hagamos algún viajecito a las Vegas…

—Nueva York, Las Vegas… ¡Eso sería fantástico, señor Benson! ¿Cuándo nos vamos?

—Mañana mismo. ¿Qué te parece?

—¡Que es la mejor noticia que he oído en mi vida!

«Mohicano» Dirxon y Tony Lamota tardarían algún tiempo en volver a verse.

Pero entonces sería en un *ring*.

CAPÍTULO IV

Tony Lamota se despidió de su buen amigo Peter O'Connor después de agradecerle lo que había hecho por él y abandonó la ciudad.

No tenía rumbo fijo, ni siquiera se había trazado ningún plan. Pero una cosa era evidente; no podía seguir viviendo de aquel modo. Apenas le quedaba dinero. Y lo que era peor, no tenía ninguna perspectiva de trabajo.

Después de más de una hora de hacer auto stop, le recogió un camión que le dejó en una pequeña población llamada Rockwell. Entró en un bar y pidió unas hamburguesas y un café. La muchacha que atendía el mostrador parecía muy simpática, así que Tony se dirigió a ella para preguntarle:

—Ando buscando trabajo, señorita. ¿Cree que encontraré algo en esta ciudad?

Ella le observó durante unos instantes. Sus ojos eran azules y tenía las mejillas sonrosadas. No era excesivamente bonita, pero tampoco estaba mal.

—¿Qué sabe hacer?

—De todo un poco... —respondió Tony.

—¿Sería capaz de hacerse cargo de este bar solo por las tardes?

—Naturalmente.

—Bien, entonces el empleo es suyo —sonrió la chica.

Tony la miró atónito. No esperaba encontrar un empleo con aquella facilidad.

—¿No le interesa saber nada de mí? —le preguntó a la muchacha.

—Solo su nombre.

—Tony Lamota.

—Es suficiente. Yo me llamo Angie.

—¿Cuándo empiezo?

—Esta misma tarde. Cuarenta pavos a la semana, ¿hace?

—Hace.

Angie le prestó una habitación en una pequeña vivienda deshabitada que había en el mismo edificio donde se encontraba el bar. No era gran cosa y estaba bastante abandonada y sucia, pero había una buena cama y una ducha. Suficiente. Del resto se encargaría él.

Lo primero que hizo después de instalarse fue tomar una ducha y descansar un poco. Al poco rato llamaron a la puerta. Cuando Tony abrió se encontró con Angie. La acompañaba un hombre de unos sesenta años. Llevaba un bastón en la mano derecha.

—Señor Lamota, le presento a mi padre —dijo la muchacha.

—¿Qué tal, señor?

—Hola, joven. ¿Puedo entrar?

—¡Claro!

El padre de Angie tomó asiento en la cama. Observó a Tony con ambas manos apoyadas en su bastón. Los ojos de aquel hombre eran escrutadores y profundos. El cabello blanco le caía descuidadamente por la nuca. Lamota le catalogó como a una buena persona.

—Mi hija me ha dicho que le ha contratado para llevar el bar por las tardes… Es una buena idea porque necesito a Angie para que me cuide. Pero mi hija tiene un defecto. Se fía demasiado de los desconocidos. Si entra alguien en el bar y le cuenta una historia conmovedora, ella se la cree y es capaz de entregarle la recaudación del día.

El hombre hizo una pausa.

—Usted me comprende, ¿verdad, señor Lamota?

—Por supuesto, señor. Y es lógico que quiera asegurarse de quién contratan. Estoy dispuesto a responder a cualquier pregunta que me haga.

—No será necesario. Además, podría engañarme. Pero quiero advertirle que he encargado al *sheriff* McCoy que investigue sobre usted. Solo necesito ciertos datos…

* * *

«Satán» sujetó limpiamente el cuello de su rival utilizando una perfecta tijereta y lo volteó alrededor del *ring* como si fuera un muñeco.

El contrincante de la máxima figura de la lucha libre se llamaba Mongo. Era un siberiano de casi dos metros de altura con unos enormes mostachos y unos músculos de acero. Formaba parte del grupo de luchadores que manejaba Mike Dundee y a este se le ocurrió la idea de montar un combate entre Mongo y «Satán» después de que el primero, siguiendo los consejos de Dundee, retara públicamente al campeón.

Naturalmente, el local estaba repleto de público. Un público incondicionalmente al lado de «Satán», al que aplaudían todas sus acciones.

Después de aquel volteo, Mongo quedó de rodillas sobre la lona, jadeante y sudoroso. «Satán» se encontraba en un rincón con los brazos extendidos sobre las cuerdas, tomándose un respiro.

Mongo, volvió la cabeza hacia su rival. Sus ojos despedían fuego. Dundee le había advertido que no se tomara el combate muy a pecho de manera que «Satán» pudiera lucirse.

Pero Mongo no era de los que asimilaban las derrotas y su rival le estaba dejando en ridículo. Una cosa era amañar un combate y otra muy distinta hacer el payaso sobre el *ring*.

Mongo se puso de pie.

Tenía que darle una lección a aquel mamarracho de «Satán» y después de haberlo hecho, después de haber demostrado a todo el mundo de lo que era capaz, se dejaría vencer porque tenía que seguir comiendo y Dundee

pagaba bastante bien.

Hizo un amago de ir a atacar a su rival y «Satán» cayó en la trampa. Mongo le atacó por el flanco que menos esperaba y le golpeó rudamente con ambos pies en el rostro. «Satán» cogido por sorpresa, cayó de espaldas sobre las cuerdas. Mongo se abalanzó sobre él y le golpeó con ambos antebrazos hasta cansarse.

Finalmente, «Satán» cayó de rodillas sobre la lona, completamente *groggy*.

El público empezó a gritar: ¡Tongo! Dundee, en su palco privado, estaba loco de rabia por lo que acababa de hacer aquella bestia de Mongo.

El siberiano acababa de cometer un grave error.

Pensó que «Satán» se repondría pero no fue así. Cayó sobre la lona y quedó inerte. El árbitro le declaró fuera de combate y alzó el brazo de Mongo.

Aquello se convirtió en un infierno. El público se sentía decepcionado por la derrota de su ídolo y empezó a lanzar toda clase de objetos sobre el *ring*. Mongo, miró en dirección, al palco de Dundee pero este lo había abandonado.

—¡Acabas de cometer la mayor estupidez de toda tu vida! —le gritó su preparador cuando el siberiano se acercó a su rincón.

—Solo he pretendido darle una pequeña lección a ese fantoche. Pero pensaba dejarme ganar. Te lo juro.

—Pues la has hecho buena, idiota.

«Satán» logró ponerse por fin de pie. Cogido como un borracho a las cuerdas miró a su alrededor preguntándose qué diablos estaba pasando.

Y de pronto, lo recordó todo. Recordó que Mongo le había dado una paliza y le había dejado en ridículo delante de su público.

¡Tongo, tongo, tongo!, seguía bramando el público.

«Satán» tuvo que ser protegido por la policía cuando se retiraba a los vestuarios.

* * *

Mike Dundee echaba venablos por la boca. Junto a él tenía a Máximo y a dos de los matones de la organización y todos se encontraban en el pequeño despacho que el rey de los promotores de la lucha libre en Nueva York tenía en su pequeño despacho del «Catch Palace».

La puerta se abrió y entró «Satán», vestido de calle. Tenía todo el aspecto de un pobre desgraciado que se ha quitado la careta de súper hombre.

—¿Qué diablos ha pasado? —gritó Dundee.

—No… no lo sé, Mike… —respondió el luchador—. De pronto ese animal se abalanzó sobre mí y empezó a darme golpes…

—¿Y no fuiste capaz de evitarlo? —volvió a gritar Dundee.

—Fue... fue todo tan rápido... Además, ese siberiano pega fuerte, muy fuerte. Mike, tú me dijiste que estaba todo amañado.

—¡Y lo estaba! —bramó Mike Dundee—. ¡Pero ese hijo de perra de Mongo no obedeció mis órdenes! Y en cuanto a ti, «Satán», me he dado cuenta esta noche de que ya estás acabado. Ese maldito siberiano ha hecho contigo lo que le ha dado la gana. ¡Ahora ya no puedes seguir siendo el gran campeón invencible! Pero ¿dónde diablos está Mongo? ¡Quiero hablar con él!

—Ya han ido a buscarle, jefe —dijo uno de los matones.

En aquel momento entró Mongo.

Dundee se acercó hasta él. El gigante siberiano le miró de arriba abajo. No estaba dispuesto a dejarse intimidar por aquel tipo por muy poderoso que fuese. «Satán» despedía fuego por los ojos. Sus puños estaban crispados.

—No has cumplido mis órdenes, Mongo —le escupió Dundee.

—Señor Dundee, me crea o no, pensaba dejarme vencer por ese. Solo que he querido darle una pequeña lección. Pero es mucho más blando de lo que yo imaginaba.

—¡Te voy a...! —«Satán» hizo intención de abalanzarse sobre el siberiano.

—Quietos! —ordenó Dundee.

El promotor se dirigió lentamente hacia su mesa de despacho. De repente se volvió. Tenía una amplia sonrisa en los labios.

—Vamos a sacar un gran partido de esto, muchachos. Sí, eso es lo que vamos a hacer. Tú, Mongo dirás que «Satán» está acabado. Que le has vencido y que por lo tanto, tú eres el nuevo rey de la lucha libre en Nueva York. Tú, por tu parte... anunciarás que quieres la revancha, ¿de acuerdo, «Satán»?

—De acuerdo.

—Montaremos un gran combate... ¿Qué os parece la idea?

—Es magnífica —dijo Máximo.

—A mí me parece bien —asintió «Satán».

Dundee miró a Mongo.

—¿Y tú no dices nada?

—Solo quiero saber una cosa, Mike. En ese combate de revancha, ¿quién será el vencedor? ¿Quién ganará? ¿Ese o... yo?

—Tú.

«Satán» miró como un estúpido a Dundee.

—Supongo que estarás hablando en broma —le dijo.

—Nada de eso. El público ha quedado decepcionado contigo esta noche. Quieren ver a un nuevo campeón. Pues bien, se lo vamos a dar: Mongo.

—¡No es justo! —gritó «Satán»—. ¡Yo he sido el campeón durante dos

años y el público está conmigo!

—Tú no serías nada si no llega a ser por mí, «Satán» —dijo entre dientes Dundee—. Yo he hecho que fueras una estrella de la lucha libre. El mejor. Pero eso ya se ha acabado. Un campeón no puede caer de rodillas sobre la lona y levantarse como un borracho. Estás acabado, «Satán». Pero no te quejes. Le has sacado una buena tajada a tu reinado.

«Satán» no dijo nada. Sabía que si Dundee había tomado aquella decisión, esta era inapelable.

De repente, se sintió como un perro callejero.

—Hemos terminado —dijo Dundee—. Tú, Máximo, encárgate de montar el combate de revancha.

—De acuerdo, Mike.

—No pienso prestarme a tu juego —dijo de pronto «Satán»—. No habrá combate de revancha.

Dundee le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué has dicho?

—Yo seguiré siendo el campeón, Dundee…

—¡Tú harás lo que yo te diga!

—No… —«Satán» retrocedió un par de pasos hacia la puerta—. Cuidado con que alguno de tus matones me conga la mano encima, Dundee. Y cuidado también con lo que haces. No me provoques o tendré que decirle a la policía que te cargaste a «Mano de Piedra».

—Te has vuelto loco, «Satán» —silbó Máximo.

—Sigo siendo el campeón —dijo aquel—. Y ningún fantoche siberiano lo impedirá.

—Sabes que podemos acabar contigo —le amenazó Dundee.

—Inténtalo. Ya sabes lo que te espera.

—¿Y de qué te va a servir ser el campeón si no vas a tener más combates en Nueva York? —le preguntó entre dientes Máximo.

—Eso es cosa mía. Pero no pienso daros el gusto de verme tumbado en la lona mientras el árbitro levanta el brazo del siberiano.

«Satán» abrió la puerta del despacho.

—Más vale que te largues de la ciudad —le dijo siniestramente Dundee.

«Satán» abandonó el «Catch Palace» y se perdió en la oscuridad de la noche.

Ahora su destino era tan incierto como el de Tony Lamota y muchos otros luchadores que se habían enfrentado al imperio de Mike Dundee, el rey de los promotores.

* * *

Dos días más tarde, el padre de Angie entró en el bar acompañado de su hija. Detrás de la barra estaba Tony.

El viejo se acercó cojeando al mostrador.

—Acabo de hablar con el *sheriff* McCoy, señor Lamota... —le dijo.

—¿Y bien?

—Es usted un profesional de la lucha libre.

—Es cierto.

—Y al parecer tuvo que largarse de Nueva York por algunos problemas surgidos durante un combate con «Mano de Piedra».

—También es verdad.

—Por lo demás, no hay antecedentes. Es usted un hombre limpio. Y me alegro. Me había caído usted muy bien y lamentaba que hubiera tenido que irse. El empleo es suyo, muchacho.

—Gracias, señor.

El padre de Angie se dirigió hacia la puerta de la calle. Antes de salir se volvió.

—Se me olvidaba decirle una cosa, Tony. «Mano de Piedra» apareció una de estas noches muerto en un callejón. La policía cree que fue asesinado, pero no hay pruebas.

—¡Yo sé que fue un asesinato! —masculló Tony—. ¡Y apostaría que también sé quién lo hizo!

—No se meta en líos si no está seguro, muchacho. Hasta luego.

Angie le sonrió.

—Mi padre tiene razón, Tony. No se complique la vida.

Aquella noche, Tony se acostó temprano. La noticia del asesinato de «Mano de Piedra» le había puesto furioso. ¡Alguien tenía que dar algún día una buena lección a aquel hijo de perra de Máximo y a su amo Mike Dundee!

Intentó cerrar los ojos pero no lo consiguió. La noche era bastante calurosa. Se levantó de la cama y a oscuras, buscó un cigarrillo de la cajetilla que había dejado sobre la mesita de noche. Se acercó a la ventana y lo encendió.

Y en aquel momento la vio.

Angie se encontraba en su habitación situada en la segunda planta del pequeño edificio que había enfrente de donde se alojaba Tony. La muchacha estaba preparando la cama para acostarse. De repente, ella se volvió para mirarle y le sonrió.

Tony le envió un saludo con la mano.

Y entonces, ella comenzó a desnudarse. Tony sintió que la sangre le ardía y que los latidos de su corazón se precipitaban. Era evidente que le estaba provocando. La observó durante un instante. La muchacha tenía un bonito cuerpo. Lamota pensó que cualquier hombre en sus circunstancias habría atravesado aquel patio que separaba ambos edificios y hubiera entrado en la habitación de la chica. Y con toda seguridad, ella no le habría puesto ningún impedimento.

Pero él no hizo nada de todo aquello. Se limitó a retirarse de la ventana

y volver a la cama. Tenía un empleo y no quería perderlo.

Antes de dormirse, recordó a Carol.

Hacía días que no le llamaba. Ni siquiera le había comunicado su nuevo domicilio.

Decidió que lo haría al día siguiente.

Naturalmente, ignoraba que la habían asesinado.

* * *

Al día siguiente, por la tarde, Tony se encontraba limpiando las mesas del bar. Hacía un calor insoportable. El local estaba vacío. De repente se abrió la puerta de la calle y apareció Angie. Llevaba la camisa abierta hasta la mitad del pecho. El sudor brillaba entre la piel y la tela. Se inclinó hacia Tony. No llevaba sujetador. Sus senos eran como dos manzanas.

—Debería haber cerrado, Tony —le dijo—. A estas horas no suele venir nadie.

—Es mejor tener abierto por si acaso.

Angie se sentó en una de las mesas y puso ambos pies sobre una silla.

Aquella postura le permitió mostrar sus redondos y bronceados muslos.

—Será mejor que cierre, Tony.

—Me aburro sin hacer nada.

—Podríamos ir a bañarnos. Cerca de aquí hay un hermoso riachuelo.

—¿Qué diría su padre si se le ocurriera venir y encontrara el local cerrado?

—Mi padre está durmiendo la siesta. No se levantará hasta dentro de dos horas.

Tony le miró fijamente.

—¿Qué es lo que pretende, Angie? ¿Provocarme? Le advierto que está jugando con fuego.

—Lo único que pretendo es acostarme contigo. ¿O es que no te has dado cuenta?

—No eres de las que se andan por las ramas...

—Cuando algo me interesa de verdad, no. Y tú me interesas, Tony. Más claramente. Me gustas mucho. Y quiero que hagamos el amor.

Tony se echó a reír.

—Es la primera vez que una mujer me lo dice tan claramente.

—Soy así de sincera.

—De acuerdo, Angie. Iremos a ese riachuelo.

En aquel momento sonó el teléfono.

—Debe ser para mí —dijo Tony dirigiéndose hacia el mismo—. He pedido una conferencia con Nueva York.

Lamota descolgó.

—Su conferencia con Nueva York —dijo la telefonista—. Le paso.

—Gracias.

—¿Quién llama? —se oyó al otro lado del hilo telefónico.

Tony sabía que aquella voz era la del dueño de la cafetería donde trabajaba Carol.

—Quiero hablar con la señorita Harrison —dijo.

Hubo un corto espacio de silencio.

—¿Se refiere a Carol Harrison?

—Naturalmente.

—Lamento decirle que la señorita Harrison ha muerto.

Tony sintió que el mundo se abría bajo sus pies.

—¿Qué está diciendo? —balbució.

—Una empleada la encontró muerta. Alguien la había estrangulado. Pero ¿quién es usted? ¿Oiga?

Lamota había dejado caer el auricular y se había apoyado gimiendo en la pared. ¡Si él se hubiera quedado en Nueva York y no hubiera huido como un cobarde, ahora Carol no estaría muerta!

Sintió que el odio nublaba su mente.

El odio y el deseo de venganza.

Porque él sabía quién había asesinado a Carol.

Cuando regresó al bar, Angie le preguntó:

—¿Malas noticias? Estás muy pálido.

—Tengo que regresar inmediatamente a Nueva York.

—El autocar no pasa hasta mañana.

—¡Entonces me iré a pie!

Y antes de que Angie pudiera añadir una sola palabra más. Tony Lamota ya había abandonado el local.

Empezaba la cuenta atrás de su venganza.

CAPÍTULO V

—Este es «Mohicano» Dirxon, Mike —dijo Harry Benson.

Dundee echó un vistazo al muchacho. Le gustaba su estampa. Le imaginó como a un toro salvaje encerrado en el corral esperando a que alguien le abriese la puerta de par en par para poder embestir.

—Bien —dijo Dundee al cabo de un momento—. A ver qué tal lo haces, chico.

Se encontraban en el gimnasio de Rizzo. A aquellas horas de la tarde el local se encontraba abarrotado de luchadores entrenando. Todos eran carne de cañón de Mike Dundee.

«Mohicano» se cambió de ropa. A Mike también le agradó su disfraz de indio. Era espectacular.

Rizzo escogió a uno de los luchadores y lo envió al *ring*. «Mohicano» subió a continuación. Dundee, Máximo y los dos matones se acercaron hasta allí. Harry Benson permaneció en solitario, apoyado en una pared. Él ya había visto al muchacho en acción. Prefería leer el periódico.

El luchador que había escogido Rizzo era una mole, una especie de bisonte. «Mohicano» solo necesitó un par de segundos para darse cuenta de que era muy lento.

El luchador *sparring* empezó a dar vueltas alrededor de «Mohicano». Dirxon se limitaba a mirarle sin mover un solo músculo de su cuerpo. «Primero estudia a tu rival», se había cansado de repetirle Lamota.

Cuando el *sparring* se lanzó sobre «Mohicano» este solo tuvo que mover ligeramente ambos pies para no dejarse atrapar. El otro luchador se volvió con rapidez con el objeto de volver a la carga pero entonces se encontró con una sorpresa; Dirxon, de un espectacular salto, clavó sus tacones en su rostro. El pobre muchacho salió despedido hacia las cuerdas y antes de que pudiera reaccionar, las poderosas piernas de «Mohicano» ya se habían enrollado en su cuello y lo zarandeaban arriba y abajo del *ring* como a un pelele.

Dirxon dejó a su rival tendido en el suelo, atontado, mientras él profería su habitual grito de guerra y a continuación agarraba al *sparring* y lo lanzaba al aire como si fuera un globo. Cayó sobre la lona con un chasquido. «Mohicano» no le dio tregua y le pisoteó los riñones. El *sparring* gritó. Dirxon volvió a cogerle y esta vez lo tiró violentamente contra las cuerdas.

—¡Basta! —ordenó Dundee.

«Mohicano» se detuvo, resoplando como un salvaje.

Dundee sonrió.

—Tienes clase, muchacho —le dijo Dundee—. Mucha clase. ¿Dónde has aprendido?

—Me enseñó alguien que sabe mucho —respondió «Mohicano».

—¿Cómo se llama? —le preguntó Máximo.

—Tony Lamota.

Dundee y Máximo intercambiaron una mirada.

—Bien, Dirxon —dijo Dundee después—. Esta tarde hablaremos de negocios en mi despacho.

Luego, cuando «Mohicano» se encontraba en el vestuario, entró Máximo.

—Eh, chico… ¿Sabes por dónde anda Lamota en estos momentos?

—No tengo ni idea.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Si algún día te enteras, no te olvides de decírmelo. Tengo una cuenta pendiente con él.

* * *

Popy se disponía a cerrar cuando una sombra surgió delante de él.

—¡Tony! —exclamó— ¡Chico! Vaya sorpresa.

—Necesito un trago.

—¡Claro! Pasa.

Popy bajó la puerta de seguridad de su bar y se dirigió al mostrador. Tony estaba acodado en el mismo con la cabeza entre las manos.

—Tómate este whisky, muchacho. Te sentará bien.

Tony apuró el vaso de un solo trago.

—Ponme otro, Popy.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un momento.

—No debías de haber vuelto, Tony. Dundee no es de los que olvida tan pronto.

—¡Al diablo con Dundee! —exclamó entre dientes Lamota—. No le tengo miedo, Popy. Voy a liquidarle.

—¿Te has vuelto loco?

—Él mató a mi chica.

—¿Qué? ¿A Carol?

Tony asintió con la cabeza.

—Ahora soy yo el que necesita un trago.

Los dos hombres guardaron unos instantes de silencio.

—Necesito que me prestes algún dinero, Popy —dijo de pronto Lamota.

—¿Para qué lo quieres?

—Para comprar un arma.

—No, muchacho. No cuentes conmigo para eso. Escucha, Tony, sé que

lo de tu chica es muy duro. Y comprendo que quieras retorcerle el pescuezo a ese granuja, pero piensa bien lo que haces. Si le matas puedes ir a parar a la cárcel para siempre.

—Entonces ¿qué me sugieres que haga? —gritó Lamota—. ¿Qué olvide el asunto?

—¿Tienes pruebas de que fue Dundee?

—No necesito pruebas. Sé que fueron sus matones quienes liquidaron a mi Carol.

—Eso no es suficiente, quiero decir que no puedes probarlo.

—No necesito probarlo, Popy. Voy a matarle. ¿Me prestas ese dinero o no?

—No, Tony. Para comprarte un arma, no.

—¡Entonces vete al diablo!

—¡Espera!

Tony se volvió.

—Piensa bien lo que vas a hacer, muchacho. Piénsalo bien. Eres demasiado joven para pudrirte en la cárcel.

Tony volvió a sumergirse en las sombras de la noche, de aquella calurosa noche del mes de agosto.

Quizás Popy estuviera en lo cierto. Si mataba a Dundee y la policía le echaba el guante, se pasaría el resto de sus días en la cárcel. Pero por otro lado, no quería dejar aquel asunto sin resolver. Tenía que vengar la muerte de Carol...

* * *

La gran mole que era el siberiano Mongo dio varias vueltas en la cama. No podía pegar un ojo a causa del dolor en su columna vertebral. Sus dientes rechinaron, dejó escapar un par de maldiciones y se levantó de un salto.

Durante unos instantes se quedó pensativo, con sus rasgados ojos fijos en el suelo y respirando entrecortadamente. Después, como si hubiera tomado una repentina decisión, se dirigió titubeante al pequeño salón de su sencillo apartamento, abrió un armario y sacó una botella de *wodka*. Se la llevó a la boca y bebió hasta agotarla. Luego, la arrojó sobre una desvencijada butaca.

De repente, dirigió la mirada hacia la puerta. Juraría haber oído un ruido al otro lado. Pero a lo mejor se trataba de cualquier vecino. En aquel maldito y apestoso bloque de apartamentos había un millón de ellos.

El dolor en su columna vertebral había vuelto. Mongo apretó los dientes y maldijo en ruso.

¡Aquel maldito dolor iba a acabar con él!

Ahora estaba seguro de que alguien había llamado a la puerta del apartamento. ¿Quién diablos podía ser a aquellas horas?

—¿Quién es?
—Tony.
—¿Tony? ¿Qué Tony?
—Lamota.
Mongo se apresuró a abrir.
—¡Eh, chico! ¿De dónde sales?
—Del infierno.
—Pasa, hombre.
Mongo encendió la luz.
—Tienes mala cara, Tony.
—Llevo dos noches sin dormir.
—¿Quieres un trago?
—No.
—Pues yo sí —Mongo se dirigió otra vez a aquel armario y sacó otra botella de *wodka*—. No hay nada como esto cuando uno se siente deprimido, Tony.

Lamota tomó asiento en una silla y observó a su amigo mientras este bebía. Mongo tampoco era de los que había tenido suerte en el mundo de la lucha libre. Era un gran profesional y aunque formaba parte del grupo de luchadores protegidos por el clan de Dundee, sabía que era un hombre bastante íntegro pero con la mala costumbre de tener que comer todos los días. Tony sabía también que Dundee prescindiría de Mongo en cualquier momento puesto que el siberiano empezaba a ser demasiado viejo.

Mongo dejó escapar un sonoro eructo y se desplomó en una butaca, junto a Lamota.
—Te andan buscando. Lo sabes, ¿verdad?
Tony asintió con la cabeza.
—Alguien me había dicho que te habías largado de la ciudad. ¿Por qué demonios has vuelto?
Lamosa se lo contó.
Mongo dijo algo en ruso y bebió otro trago.
—Ese perro de Dundee merecería que alguien le diese una buena paliza.
—Eso es exactamente lo que yo quiero hacer, Mongo —respondió Tony —, pero quiero tomarme mi tiempo ¿sabes? No quiero precipitarme. Mi primera intención había sido comprarme un arma y acabar con él pero alguien me ha hecho ver que eso sería un error.
—El que te lo ha dicho era un buen amigo. No se gana nada apretando un gatillo… aunque a veces resulte difícil evitarlo.
—Mongo, necesito que me ayudes.
—¿De qué se trata?
—No tengo dinero y necesito un rincón donde meter mis huesos.
—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, muchacho.

—Gracias.

Los dos hombres guardaron silencio. Mongo echó otro trago.

—No sabía que bebías —le dijo Tony.

—Y no bebía, muchacho... hasta que empezó este maldito dolor. Es aquí, ¿sabes? —Mongo se llevó una mano a la columna vertebral—. A veces es como si una mano invisible me estuviera clavando un puñal.

—¿Has ido a que te vea un médico?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Tengo una degeneración progresiva de la columna vertebral. En una palabra, dentro de un par de años a lo sumo tendré que ir en una silla de ruedas. ¿Te sorprende ahora que beba, muchacho?

—Lo siento, Mongo.

—Yo también, pero hay un proverbio ruso que dice: «Si tienes que morir, muere luchando». Y eso es lo que yo voy a hacer ahora que parece que la suerte ya no me vuelve la espalda.

—¿Te van mejor las cosas?

—Hace un par de noches tuve como rival a «Satán». Ya sabes, ese fantoche protegido de Dundee. Lógicamente yo tenía que ser el perdedor. Todo estaba previsto. De repente, me cansé de recibir tantos golpes y le di una buena lección a ese estúpido. Lo dejé *groggy* sobre la lona. El público empezó a meterse con él. Yo estaba dispuesto a dejarme ganar, te lo juro. Pero al parecer le había dado demasiado fuerte... —Mongo se echó a reír —. Luego, Dundee nos llamó a su despacho. Yo temía lo peor. Sin embargo, se arregló todo. Dundee se dio cuenta de que su protegido había hecho el ridículo delante de su público, así que había que cambiar de campeón.

—Y ha montado un combate de revancha en el que tú te convertirás en el nuevo campeón.

—Eso, eso, Tony. Eso es. ¿Comprendes ahora? Tengo que aprovechar esta ocasión. Puedo ganar mucho dinero. Por primera vez en mi vida voy a tener dinero, muchacho.

—¿Y tu columna vertebral podrá resistirlo, Mongo?

—¡Tendrá que hacerlo! Tony, no puedo dejar escapar esta oportunidad. ¡Es la mejor que he tenido en mi vida! Si he de quedar paralítico, por lo menos que sea con una buena cuenta corriente en el banco. Solo necesito un par de años.

—Te deseo que tengas mucha suerte, Mongo. De verdad.

—Lo sé, amigo. Y ahora será mejor que duermas un rato. Mañana seguiremos hablando. Anda, acuéstate en ese sofá. Voy a buscar un par de mantas...

* * *

—¿Quién es ese? —le preguntó Mongo al día siguiente a Rizzo.
—Se llama «Mohicano» Dirxon.
—¿Es nuevo?
—Acabado de estrenar. Y Dundee confía mucho en él, así que ándate con mucho cuidado, Mongo. Ese puede desbancarte en cualquier momento.
Mongo se acercó al cuadrilátero.
Aquel muchacho se movía bien y tenía buenas maneras. Golpeaba fuerte, era ágil. Contundente. Aquella llave que acababa de hacerle a su *sparring* era digna de un auténtico profesional. Con toda seguridad había tenido un buen maestro. Pero él podía vencerle. Y si Dundee le daba la oportunidad, le vencería.
Dos horas después, cuando Mongo regresó a su apartamento encontró a Tony bebiendo una taza de café.
—No sé cómo diablos se las apaña ese puerco de Dundee para encontrar siempre savia nueva.
—Hay mucha hambre en el mundo, Mongo.
—¿Se trata de algún nuevo luchador?
—Sí. Y he de reconocer que es bastante bueno. Tiene madera de campeón. Así que tendré que ir con mucho cuidado. Rizzo me ha insinuado que puede ser el nuevo protegido de Dundee.
—¡Cómo se llama?
—«Mohicano» Dirxon.
Tony soltó una carcajada.
—¿Qué pasa? ¿Es que le conoces?
—¡Claro! ¡Claro que le conozco. Mongo! ¡Yo le he enseñado lo poco que sabe!
—¿Tú?
Tony tuvo que contarle a su compañero cómo había conocido a «Mohicano».
—Dundee le corromperá —le dijo Mongo.
—Sí, lo sé. Creo que debería advertírselo.
Tony esperó durante más de tres horas en un bar cercano al gimnasio a que apareciera «Mohicano». Antes de acercarse a él se aseguró de que no hubiera ningún esbirro de Dundee por los alrededores. Le siguió hasta un hotelito de la calle Sounley.
Le abordó cuando Dirxon se disponía a entrar en su habitación.
—¡Tony!
—Hola, Dirxon. ¿Puedo hablar contigo?
—Claro que sí, muchacho. Entra.
«Mohicano» arrojó su bolsa sobre la cama.
—¿Cómo te has enterado de que vivía aquí?
—Te he seguido. Dirxon, tengo algo que decirte. Algo muy importante para tu carrera.

—Bueno, dilo ya.

—Dundee no te conviene.

—Yo creo todo lo contrario. Es el mejor promotor de lucha libre que hay en Nueva York.

—Por supuesto. Y el más canalla.

—Eso no me interesa.

—Te interesará cuando prescinda de ti porque ya no le sirves.

—Eso tardará en llegar, Tony. Soy aún muy joven. Todavía no he pensado en esa posibilidad.

—Dundee te manejará a su antojo. Ya conoces mi historia y la de «Mano de Piedra», la de «Satán», la de Mongo y la de tantos otros.

—No me fijo en la vida de los demás.

—Escucha, Dirxon…

—¡Escúchame tú, Tony! Aquí tengo mi gran oportunidad. Y no pienso desperdiciarla. Voy a ganar mucho dinero. Dundee me lo ha dicho.

—¿Has firmado contrato con él?

—Todavía no. Pero lo firmaré pronto. Posiblemente esta misma noche. Todo está apalabrado.

—Aún puedes volverte atrás, Dirxon.

—No pienso hacerlo.

—De todos modos, si cambias de opinión, me encontrarás en el piso de Mongo. ¿Recuerdas la proposición que me hiciste en Cleveland? Ahora podría aceptarla. Yo sería tu entrenador.

—Ya es demasiado tarde, Tony.

—De todas formas, piénsalo. Los dos juntos podríamos hacer grandes cosas.

Lamota abandonó el apartamento de Dirxon. Había hecho lo que había podido por él. Pero no estaba muy seguro de que aquel cabezota acabase aceptando su proposición.

* * *

Dundee despidió a su amiguita de turno cuando «Mohicano» entró en su despacho aquella noche.

—Hola, chico —saludó el promotor.

—¿Qué tal, señor Dundee?

—Bien, bien… —Mike Dundee sacó un contrato de uno de los cajones de su elegante mesa de caoba. Se lo tendió a Dirxon.

—Los porcentajes me parecen ridículos, señor Dundee —dijo «Mohicano».

Dundee se echó a reír.

—¿Qué pensabas? ¿Qué iba a pagarte como si fueras campeón del mundo?

—Puedo llegar a serlo.

—Entonces, hablaremos. Mira, muchacho, eso es lo que hay. O lo tomas o lo dejas.

—¿Y si yo le dijera dónde puede encontrar a Tony Lamota?

Dundee se sentó. Entornó los ojos.

—¿Lo sabes?

—Lo sé.

—De repente te has vuelto un muchacho tremendamente ambicioso, chico.

—Quiero sacar el máximo provecho de todo esto, señor Dundee.

El promotor sonrió.

—Bueno, dime dónde está Tony Lamota y luego hablaremos.

—De eso nada.

—Entonces, ¿qué diablos es lo que quieres?

—Más porcentaje y disputar el campeonato de Nueva York en un plazo de dos meses.

Dundee se acarició pensativamente la barbilla.

—De acuerdo —dijo finalmente.

—Está en casa de Mongo.

CAPÍTULO VI

Mongo había tenido que ausentarse para disputar un combate en Jersey, así que Tony se quedó solo en el piso.

Estaba pensando que había llegado el momento de reorganizar su vida. No podía estar continuamente huyendo de sí mismo. En primer lugar, le ajustaría las cuentas a Dundee y después... después ¿qué haría?

Ese era su gran problema. Porque de una cosa estaba seguro; si atacaba a Dundee las puertas de la lucha libre en Nueva York se habrían cerrado para él. Tendría que emigrar a otros lugares, quizás a Las Vegas. Pero aun así, correría peligro. El brazo de aquel canalla era muy largo.

Y si se veía obligado a abandonar para siempre la lucha libre, no sabría qué hacer. No tenía ningún oficio. Apenas había ido a la escuela. Los años escolares se los había pasado luchando en las calles de Nueva York para poder sobrevivir por su condición de italiano...

De repente, oyó que alguien se detenía ante la puerta del piso. Tony dudó unos instantes y luego se acercó hasta allí.

Sonaron unos golpecitos en la madera.

—¿Dirxon? —preguntó Lamota.

—Sí. Abre.

Tony cometió el error de hacerlo y tres energúmenos se arrojaron sobre él. El ataque fue tan rápido e inesperado que Lamota no pudo esquivar ninguno de los golpes, que desde todas las direcciones le propinaron aquellos individuos en un abrir y cerrar de ojos. Cayó al suelo con el rostro machacado.

A través de un hilo de sangre que manaba por una de sus cejas, pudo ver que se trataba de tres exluchadores de Dundee. Conocía a dos de ellos. Un par de muertos de hambre que se ganaban el pan haciendo de matones para el promotor. Al otro no le conocía, pero también tenía aspecto de exluchador.

¿Cómo diablos había averiguado Dundee que se encontraba allí? ¿Quién se lo había dicho? ¿Mongo? No, no podía creerlo. Siempre había sido un buen amigo...

Hizo intención de incorporarse y recibió otra patada en el rostro. Tony cayó hacia atrás y su cuerpo tropezó con un mueble. Cerró los ojos. Un líquido viscoso y cálido rodaba por su mejilla. Le dolía terriblemente la ceja.

—¿Quién os ha informado? —preguntó estúpidamente—. ¿Mongo? Solo quiero saber quién os ha dicho dónde podíais encontrarme...

—Acabemos de una vez —oyó que decía uno de aquellos individuos.

Tony pego un salto y se lanzó sobre los tres tipos. Se daba cuenta de que era una actitud que no le iba a servir para nada. Sus tres enemigos

eran luchadores profesionales y sabían perfectamente lo que tenían que hacer.

No obstante alcanzó a uno de ellos y lo derribó sobre la cama de Mongo. Pero acto seguido recibió un tremendo golpe en los riñones. Tony dejó escapar un sordo gemido y antes de que pudiera reponerse otro le golpeó en los testículos. Lamota cayó de rodillas al suelo pero permaneció poco rato. El que había conseguido derribar se había incorporado y gritó:

—¡Dejádmelo a mí!

Sintió que lo agarraban por los cabellos y que un puño de hierro aplastaba su rostro. Lamota se desplomó. Solo necesitaba un poco de respiro, pensó. «Dejadme de golpear durante un par de minutos, muchachos... Después sabréis lo que es bueno...»

Se puso a gatas con intención de volver a la carga. Aquellos estúpidos pensaban que iba a darse por vencido... ¡Qué equivocados estaban! Solo necesitaba un par de minutos... solo un par de minutos...

La puntera de un zapato se clavó en la boca de su estómago.

Tony tuvo la impresión que había estallado una bomba en sus intestinos.

Cayó de bruces al suelo. Respirando entrecortadamente a causa del tremendo dolor que sentía, con ambas manos sobre el lugar que había sido golpeado.

Una vez más, intentó ponerse de pie.

—Es duro... —oyó que decía uno de los tres.

—Estamos perdiendo mucho tiempo —dijo otro—. Hay que hacer lo que ha dicho Dundee... ¡Vamos, cogedle!

Tony sintió que le agarraban por los pies y por los brazos. Y se preguntó qué iban a hacer con él. Solo cuando se encontró junto a una de las ventanas, imaginó lo que iba a ocurrir. ¡Le iban a arrojar por ella!

Hizo un esfuerzo sobrehumano para zafarse de aquellos tentáculos que le sujetaban.

—¡Soltadme! ¡Soltadme!

—Antes nos has hecho una pregunta, Tony —le dijo uno de aquellos tipos—. Nos has preguntado quién te había traicionado. Pues bien, voy a decírtelo puesto que es lo último que vas a oír en tu vida: ha sido tu amigo «Mohicano» Dirxon.

Tony quiso decir algo pero ya no pudo.

Su cuerpo, despedido a través de la ventana, caía en dirección a un patio.

Luego, por un instante, tuvo la impresión de que reventaba.

Después, silencio y oscuridad.

Y una paz agradable...

* * *

«Mohicano» Dirxon estaba apoyado en las cuerdas y su rival sobre la lona, hecho un guiñapo.

Dirxon sabía muy bien que «aquello» que estaba frente a él, sangrando, era carne de cañón de Dundee. Pero no le importaba. Lo único que de verdad le importaba, era llegar a la cumbre de la lucha libre. Dejaría que Dundee le manejara a su antojo. Y cuando estuviera arriba, se harían las cosas como él quisiera.

Su rival se levantó, tambaleándose. Bizqueaba. Resoplando como un búfalo, se tiró sobre «Mohicano». Pero este le estaba esperando y solo tuvo que alargar sus potentes brazos para atraparle por el cuello, hacerle dar una vuelta y machacarle los riñones.

Luego, «Mohicano» profirió su grito de guerra indio.

El público ya sabía que aquello significaba que se disponía a acabar con su rival y empezó a aplaudirle y a corear su nombre. Dirxon se puso a bailar al estilo indio alrededor de su víctima. La gente aplaudía cada vez con más fuerza.

«Mohicano» dejó escapar otro grito y acto seguido agarró a su rival, le obligó a ponerse de pie y empezó a machacarle con sus demoledores golpes de antebrazo. Cuando le soltó, aquel pobre desgraciado era un pingajo.

«Mohicano» remató su obra con su tremendo uno-dos.

Luego, cuando vio que su rival había quedado de bruces sobre la lona, levantó ambos brazos en señal de victoria mientras el árbitro contaba hasta diez.

Había sido tan fácil que resultaba aburrido.

Pero lo que le importaba en realidad, eran aquellos aplausos del público, sus gritos. Dirxon empezaba a ser un ídolo. «Mohicano» cerró su actuación de aquella noche con otro espeluznante grito de guerra.

Más tarde, en el vestuario, cuando se estaba cambiando de ropa, entró Dundee acompañado de Máximo.

—Has estado muy bien, muchacho —le dijo el promotor.

—Era tan fácil como luchar contra un niño —respondió Dirxon.

—No te preocupes por eso, Dirxon —dijo Máximo—. Pronto tendrás ocasión de enfrentarte a gente más importante.

—Estoy preparado.

—A lo mejor un día de estos te llevamos a las Vegas —dijo Dundee—. Quiero que empiecen a conocerte por ahí.

—Gracias, señor Dundee.

—De nada, muchacho. Es un modo de agradecerte el que me dijeras dónde podíamos cazar a Lamota.

El rostro de Dirxon se crispó.

—No le habrán matado, ¿verdad?

Peo «Mohicano» no obtuvo ninguna respuesta.

Se dejó caer en un banco. Tenía el convencimiento de que se habían cargado a Tony. ¡Oh, Dios! Eso le hacía también a él culpable de su muerte.

Aquella idea empezó a torturarle.

* * *

Mongo estaba sentado en la sala de espera del Hospital Central. Parecía un niño abatido. Su gran mole humana daba la impresión de que iba a derrumbarse de un momento a otro. Llevaba un espectacular parche de esparadrapo en la ceja izquierda, consecuencia del último combate. Y al regresar de aquel combate fue cuando se enteró por unos vecinos de lo que había ocurrido.

Llevaba más de dos horas esperando y nadie le había dicho nada. No sabía aún si Tony había muerto o si seguía con vida.

Por fin, apareció un médico.

Mongo se puso de pie de un salto.

—¿Cómo está, doctor?

—Muy mal. Se ha salvado de milagro.

—¡Dios! ¡Pero al menos está vivo!

—De momento sí… pero si se recupera, tendrá que pasarse la vida en una silla de ruedas.

—¡No!

—Su columna vertebral ha quedado muy mal parada. Además, se ha roto ambas piernas. Y su rostro ha quedado muy desfigurado.

En un arrebato de rabia, Mongo golpeó la pared con su enorme puño. El médico le miró, asustado.

—¿Qué le pasa, hombre?

Mongo le miró. Sus ojos estaban inyectados en sangre. En apenas unos segundos, su expresión había cambiado por completo. Ya no era la del niño apesadumbrado. Había dejado paso al odio y a la ferocidad.

—¡Se quién es el culpable de lo que ha ocurrido, doctor! —masculló—. ¡Sé quién le ha hecho eso a Tony!

—¿Cómo? Tengo entendido que se ha caído por una ventana.

—¡Miente quién diga eso! ¡Le han tirado!

—¿Está seguro?

—Por completo.

—Entonces, tendré que dar parte a la policía.

El médico hizo intención de marcharse, pero Mongo le agarró por un brazo.

—¡Espere!

—¿Qué quiere?

—Ver a mi amigo. ¿Puedo?

—De acuerdo. Pero solo cinco minutos.

* * *

La habitación 216 estaba envuelta en la penumbra.

Mongo entró de puntillas.

La cama donde yacía Tony se encontraba a la izquierda. Mongo vio a través de aquella penumbra una masa blanca, algo que sobresalía como una montaña nevada en medio de la noche.

«Aquello» era su amigo.

Un montón de vendajes, de yeso y de poleas. Su rostro magullado asomaba por una pequeña abertura, pero no en su totalidad; solo los ojos, la nariz y la boca. Lo demás permanecía oculto en aquella caverna de yeso.

Tony tenía los ojos cerrados, pero cuando oyó su nombre, los abrió. Miró fijamente a Mongo.

Este le sonrió mostrando sus sucios y desiguales dientes.

—Hola, muchacho.

Tony cerró los ojos. E inmediatamente los volvió a abrir.

Mongo se sentó al lado de su amigo.

—Te la han jugado buena esos canallas ¿eh? ¡Son unos hijos de mala madre! ¿Sabes, Tony? ¡Me los voy a cargar a todos ellos! ¡Empezando por ese bastardo de Dundee!

—No… —fue apenas un murmullo, pero Mongo comprendió perfectamente.

El siberiano estudió los ojos de su amigo en espera de una explicación. Tony le miraba fijamente.

—No quieres que lo haga, ¿eh? ¿Por qué no? ¿Temes que me ocurra algo? ¿Es eso lo que temes? No les tengo miedo.

—Yo…

—¿Tú? ¿Tú qué, muchacho?

—¡Yo!

Mongo se rascó la cabezota, Y de pronto pareció comprender.

—Entiendo, sí, entiendo. Quieres encargarte tú, ¿eh?

Tony cerró los ojos.

El siberiano forzó una sonrisa. ¿Cómo decirle a su amigo que le esperaba una silla de ruedas para toda su vida? ¿Cómo decirle que ya no podría volver a caminar? ¿Cómo decir lo que jamás podría vengarse de Dundee? Salvo que lo hiciera otro por él…

—De acuerdo, muchacho —le dijo Mongo—. Lo harás tú. Claro que sí.

—Lo haré…

—¡Seguro!

—Lo haré, Mongo.

Lamota cerró los ojos y no los volvió a abrir. El siberiano se quedó un rato más, contemplándole.

Luego, abandonó silenciosamente la habitación.

Cuando se dirigía hacia el ascensor, oyó que le llamaba alguien.

Mongo se detuvo.

Aquel tipo «olía» a poli.

—Soy el sargento Andrews —se presentó—. El doctor Moore nos ha dicho que usted asegura que alguien ha arrojado a su amigo por la ventana. ¿Es cierto?

—No.

—¿Cómo?

—El doctor Moore debe haber oído mal, sargento. Mi amigo se cayó por esa ventana. Fue un accidente.

—¿Está seguro de lo que dice?

—¡Claro! Adiós, sargento.

Y Mongo desapareció en el ascensor.

* * *

«Satán» miró las cartas de póquer que tenía en sus poderosas manos llenas de callos.

Tenía un mal juego y poco dinero sobre la mesa.

Dijo:

—No voy.

Y tiró las cartas, asqueado.

De repente, alguien le dio unos golpecitos en el hombro. «Satán» se volvió. Frente a él tenía a Máximo, el lameculos de Dundee.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo, «Satán».

El luchador se puso de pie y siguió a Máximo hasta un rincón de la oscura sala.

—Todo está preparado, muchacho —le dijo Máximo.

—¿Preparado? ¿Qué es lo que está preparado?

—Tu combate de revancha con Mongo.

—Sois duros de oídos. Os dije que no habría combate de revancha.

—Tu cabezota no funciona demasiado bien, «Satán» —cuchicheó Máximo—. Dundee te está ofreciendo la oportunidad de ganar un montón de pasta. ¿Es que no te das cuenta? Las apuestas están a tu favor en una proporción de seis a uno.

«Satán» permaneció en silencio.

Máximo volvió a la carga. Empezaba a tener al luchador acorralado en las cuerdas.

—Mira cómo tienes que verte, «Satán». Jugándote lo poco que te queda para ver si llenas los bolsillos en un golpe de suerte. Y tú sabes que eso no va a ocurrir. Saldrás de aquí desplumado. Y mañana ¿qué? ¡Respóndeme, cabezota! ¿Mañana, qué?

—Supongo que Dundee ya habrá decidido que el nuevo campeón sea el

siberiano.

—Así es. Pero por poco tiempo. «Mohicano» Dirxon está esperando. Tú, saldrás por la puerta grande. Y no te faltarán combates. Te lo prometo. Sin embargo, si te enfrentas a Dundee… ya sabes lo que puede ocurrirte…

—Me queda Las Vegas.

—Dundee tiene tanta influencia allí como en Nueva York. Ya deberías saberlo. Bueno ¿qué me dices? No puedo perder toda la noche contigo.

—De acuerdo. Firmaré ese contrato. Necesito pasta.

—Eso está bien. Y otra cosa, «Satán». Olvídate de ese asunto de «Mano de Piedra». Está muerto y nadie se acuerda de él. ¿OK?

—OK.

—Pásate esta misma noche por el gimnasio para firmar el contrato. ¿Alguna pregunta?

«Satán» negó con la cabeza y volvió a la mesa de juego.

* * *

El combate se celebró una semana después en medio de una gran expectación.

El «Catch Palace» estaba abarrotado de público. Dundee sabía cómo hacer negocios. El promotor estaba sentado en su palco privado, acompañado de una de sus nuevas amiguitas, una despampanante rubia que hacía *strip tease* en un local de la Quinta Avenida.

Tal como estaba previsto, el combate de revancha entre «Satán» y Mongo, fue una completa farsa.

Y como siempre suele ocurrir en estos casos, «Satán» comenzó dominando, llevando a su rival hasta las cuerdas y golpeándole sin piedad. Parecía que iba a recuperar los honores del público después de su última y vergonzosa derrota a manos de Mongo.

Pero todo era un camelo.

Un despiadado engaño.

En el tercer y último asalto, Mongo se lanzó a la carga tal como estaba previsto. Arrolló a su rival, le volteó como si fuera un muñeco y luego le propinó una serie de golpes que acabaron con «Satán» en la lona, jadeante y maltrecho. El público, que hasta entonces había estado a su lado, empezó a abuchearle.

Era el final de un campeón.

Mongo agarró a su rival por el cuello y se lo retorció sin piedad. «Satán» dejó escapar un feroz grito de dolor y se derrumbó medio inconsciente.

Luego, el siberiano se dejó caer sobre él como una losa, le atenazó los brazos, manteniéndole de espaldas contra la lona, mientras el árbitro contaba los tres segundos reglamentarios.

La comedia había terminado y en el palco, Dundee se frotaba las manos


pensando en el próximo combate para el campeonato de Nueva York entre Mongo y su nuevo protegido «Mohicano» Dirxon.

CAPÍTULO VII

El doctor Moore estaba estupefacto.

Habían llevado a un moribundo que había saltado desde un cuarto piso. Cuando entraron a Tony Lamota en el quirófano, este era una masa sanguinolenta y sus piernas colgaban como las de una marioneta. Su rostro era como una máscara de terror.

Nadie de los que había allí, ni uno solo de los doctores ni una sola de las enfermeras, absolutamente nadie, hubiera dado un dólar por la vida de aquella piltrafa humana.

Y sin embargo, había ocurrido el milagro.

Tony Lamota no solo había sobrevivido sino que empezaba a dar signos de evidente recuperación.

—Es increíble —le dijo el doctor Moore a Mongo aquella tarde—. Su amigo es un prodigio. Jamás he conocido a un hombre con tanta fuerza de voluntad como él.

—¿Significa eso que podrá recuperarse totalmente, doctor?

—Ya no sé qué pensar, se lo aseguro. ¡Ese titán es capaz de todo!

Y el doctor Moore no exageraba.

Las semanas fueron pasando. Tony fue liberado de aquella caverna de yeso en cuyo interior había permanecido todo aquel tiempo. Había empezado a mover las dos piernas y también los brazos. Lenta, dolorosamente, porque cada movimiento era un grito de dolor, pero de forma inflexible, metódica.

Las huellas del terrible accidente solo habían quedado reflejadas en su rostro. La parte derecha del mismo estaba hundida y el ojo de aquel costado sobresalía excesivamente respecto al otro.

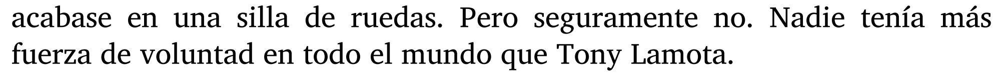
La primera vez que Tony se miró en un espejo sintió horror de él mismo.

Pero nada de todo aquello tenía demasiada importancia para Lamota. Si había sobrevivido, si su titánico y diario esfuerzo para andar normalmente era ahora posible, se debía exclusivamente al furor del odio. Solo el odio y el deseo de venganza le habían permitido llegar hasta donde había llegado.

De otro modo, habría muerto…

* * *

Cuando Mongo entró aquella mañana en la habitación encontró a Tony haciendo ejercicios con unas pesas en los pies. Cada gesto era una mueca de dolor. Lamota sudaba copiosamente. El siberiano admiraba a aquel hombre. Y se preguntaba si él tendría la misma fuerza de voluntad cuando



acabase en una silla de ruedas. Pero seguramente no. Nadie tenía más fuerza de voluntad en todo el mundo que Tony Lamota.

—¿Qué hay, chico?

Lamota dejó de hacer el ejercicio. Jadeaba. Se limpió el rostro con una toalla y miró a su amigo.

—Hola, Mongo. ¿Cómo van las cosas por ahí fuera?

—Mañana es el día.

Tony intentó ponerse de pie. Las piernas le fallaron. Mongo, quiso ayudarle.

—¡No! —exclamó Lamota—. Tengo que hacerlo yo solo.

Tony se agarró a los barrotes de la cama y poco a poco acabó consiguiendo sus propósitos. Después, casi arrastrándose, pudo sentarse en una silla de ruedas que había junto a la ventana.

—Tienes un par de huevos, muchacho —le dijo Mongo.

Lamota se echó a reír. Y su risa agrandó la máscara que era su rostro.

—A veces pienso que se perdieron aquel día, Mongo... ¡Ja, ja! Ya no me quedan ni testículos. ¡Ja, ja!

Mongo también se echó a reír.

—Me alegra ver que aún conservas el sentido del humor, muchacho.

—Es lo único decente que me queda. ¿Tienes un cigarrillo?

—¡Claro! Además es ruso. Te gustará.

Mongo fue a ponérselo en la boca, pero Tony le agarró la mano.

—Lo haré yo...

El siberiano le dio fuego.

Tony dio un par de chupadas y luego miró a su amigo.

—Así que mañana combates con ese perro de «Mohicano», ¿eh?

—Sí.

—Y naturalmente ya sabes cuál va a ser el resultado del combate.

—Por supuesto. Pero no me importa. Te juro que no, Tony. Ya estoy harto de toda esta basura. ¡A la mierda con todos!

—¿Qué piensas hacer después?

—Esperar a que mi columna vertebral deje de funcionar, Tony.

—¿Te gustaría ser rico cuando eso suceda, Mongo?

El siberiano le miró estúpidamente.

—¿Y a quién no, amigo? No creo que sea lo mismo pudrirse en una silla de ruedas sin un dólar en los bolsillos, que hacerlo con una buena cuenta corriente en el banco.

—Pues yo te ayudaré a hacerte rico, Mongo.

—¿Qué? —por un momento, el siberiano pensó que su amigo se había vuelto loco.

—Solo tienes que esperar a que pueda abandonar definitivamente esta maldita silla de ruedas. Eso significará que los médicos estarán a punto de darme el alta. Entonces, podré salir del hospital...

—Pero Tony, ¿qué idea es esa? ¿Qué te bulle en la cabeza?

—Ya lo verás, Mongo. Ya lo verás…

* * *

El «Catch Palace» estaba hasta los topes.

Aquella iba a ser posiblemente la mejor velada de toda la temporada.

Nada menos que «Mohicano» Dirxon, la figura de moda, iba a intentar arrebatarle el título de campeón de Nueva York a aquella bestia siberiana llamada Mongo, el vencedor de «Satán».

Las apuestas estaban siete a uno favorable a «Mohicano».

Dundee entró en el vestuario de Mongo. Como siempre le acompañaba Máxime.

—Bien, muchacho —le dijo solemnemente el promotor—, esta va a ser tu gran noche. Vas a perder el combate, es cierto, pero lo harás majestuosamente, como un gran campeón y el público no olvida eso. Además, papá Dundee no te abandonará. Tendrás más combates, posiblemente en Las Vegas y Arizona. ¿Qué te parece?

—No quiero las migajas, Dundee. No quiero acabar como «Satán» a quien también se le ofreció la gloria del cielo y está combatiendo con toda la basura de la lucha libre. No, yo, en cuarto termine esta farsa, me largo. Me largo lejos.

—Ese es tu problema, muchacho —le respondió Dundee, encogiéndose de hombros. Luego se volvió a Máximo chasqueando los dedos. El lameculos le entregó un sobre a Mongo.

—Ahí van dos mil quinientos dólares, muchacho —le dijo Dundee.

—Mi precio por hacer el payaso esta noche, ¿eh?

Dundee sonrió cínicamente, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta del vestuario.

Máximo se apresuró a abrírsela.

* * *

Tan pronto como «Mohicano» Dirxon saltó al *ring*, lanzó su potente y conocido grito de guerra. Con los brazos en alto y las piernas abiertas, parecía un gran jefe pidiendo a su pueblo que se alzase contra el hombre blanco.

Y el público coreó su nombre.

Cuando apareció Mongo, «Mohicano» se apresuró a asomarse por encima de las cuerdas para insultarle. El siberiano no se inmutó. Aquello formaba parte del *show*.

Mientras Mongo permanecía quieto en su rincón, «Mohicano» daba saltos por el *ring*, gritando como un energúmeno. Pero aquello le gustaba al público, le enardecía. Y eso era lo que Dundee quería de sus luchadores.

Cuando sonó el *gong*, «Mohicano» se lanzó a un furioso ataque. Dundee le había advertido que su victoria tenía que ser sonada. Debía impresionar al público.

Dirxon tenía recursos suficientes para amargarle la noche a Mongo. Por su parte el siberiano, sabedor de que aquel iba a ser posiblemente su último combate, se tomó la cosa con bastante filosofía. Dejó que «Mohicano» le atizase bien, que le hiciera toda clase de presas, que se luciera ante el que iba a ser un público incondicional.

Dirxon no se fue por las ramas.

Se cansó de golpear a Mongo hasta hacerle sangrar por la nariz y por la boca y cuanto más sangraba, más gritaba el enfervorecido público. El siberiano acabó cayendo de rodillas sobre la lona, a merced de Dirxon. Y este siguió machacándole implacablemente. Enviándole unas veces contra las cuerdas para esperarle a la salida de estas y golpearle a placer. Y otras atenazándole con contundentes llaves, volteándole, sacudiéndole con ambos pies y los antebrazos. Fue una masacre.

Mongo acabó tendido en la lona, sobre su propia sangre.

* * *

Pasaron cinco largos meses.

Cierta mañana, Máximo entró en el despacho de su amo, Mike Dundee.

—¿Qué diablos quieres? —le preguntó este.

—¿Has leído esto? —Máximo le dejó un periódico abierto por la sección de deportes sobre la mesa.

HA NACIDO UNA NUEVA ESTRELLA DE LA LUCHA LIBRE.

SE LLAMA MASCARA DE ORO. YO QUE LE HE VISTO EN ACCIÓN PUEDO ASEGURAR QUE ES TAN BUENO COMO LO FUE EL LEGENDARIO «DINAMITA» JONES. HOY ACTÚA EN LAS VEGAS FRENTE AL CAMPEÓN DE ARIZONA «LOBO» SONNY.

Dundee se leyó aquel artículo de cabo a rabo. Lo firmaba un tal J. J. Marlowe.

El periodista hablaba y no acababa de Máscara de Oro. Según su opinión era el mejor luchador que había dado el país desde hacía muchos años. Pero ¿quién era en realidad Máscara de Oro? Nadie lo sabía. Su rostro iba siempre cubierto por una máscara dorada…

El promotor levantó la cabeza.

Miró a Máximo.

—Parece interesante —dijo Dundee.

—Cuando J. J. Marlowe, el mejor especialista en lucha libre que hay en Nueva York dice que ese Máscara de Oro es tan bueno como lo fue «Dinamita» Jones, es que debe serlo realmente.

—Ponme con él —le ordenó Dundee—. O mejor dicho, pídele que venga aquí.

—Sí, jefe.

J. J. Marlowe apareció al cabo de un par de horas. Era pequeño, rechoncho. Vestía mal y olía peor. Pero era un gran periodista deportivo especializado en lucha libre y un tipo con gran influencia.

—¿Qué tal, señor Dundee? —saludó.

—Hola, señor Marlowe. Siéntese. ¿Quiere beber algo?

—Un whisky no me vendría mal.

Máximo se encargó de preparar las bebidas.

El periodista encendió un cigarrillo y dijo sonriendo:

—Supongo que sé por qué me ha hecho venir, señor Dundee. Es acerca de Máscara de Oro, ¿no es cierto?

—En efecto. ¿Es tan bueno como dice en su artículo? ¿O hay alguien detrás de todo el tinglado y está interesado en promocionar a ese luchador?

J. J. Marlowe volvió a sonreír.

—Debería ofenderme por esas palabras, pero no voy a hacerlo porque le conozco, señor Dundee. No hay nadie detrás de mis palabras. Máscara de Oro es extraordinario.

—¿Mejor que mi campeón?

—¿Se refiere a «Mohicano»? —J.J. Marlowe soltó una carcajada—. Máscara de Oro no tiene ni para empezar con él, se lo aseguro.

—Si no fuera porque es usted el mejor especialista en lucha libre que hay en la ciudad, creería que me está tomando el pelo. Yo sé que «Mohicano» es bueno, señor Marlowe. Entiende un poco de lucha libre después de dedicarme a ella desde hace más de veinte años. Por lo tanto, si me asegura que ese... Máscara de Oro no tiene ni para empezar con Dirxon, tendré que encargar un pasaje de avión para estar esta noche en Las Vegas y ver a ese fenómeno.

—No se arrepentirá.

—Otra cosa, Marlowe. Usted debe de saber quién es en realidad... quién es ese luchador...

—Lo ignoro por completo.

—¿Es cierto eso?

—Lo es. Nadie le ha visto jamás el rostro.

Dundee se echó hacia atrás en el asiento.

—¿Sabe, Marlowe? Este es un asunto que me interesa cada vez más. Máximo, quiero dos billetes para el primer avión que salga hacia Las Vegas. ¡Ya tengo ganas de ver en acción al hombre sin rostro!

* * *

Dundee y Máximo se instalaron en sendas butacas de primera fila de

ring.

El local estaba completamente abarrotado de público. En una gigantesca pantalla luminosa que había en un ángulo, aparecía el nombre de Máscara de Oro.

—Parece la gran estrella de Las Vegas —dijo Máximo.

—Veremos —respondió Dundee.

Cuando Máscara de Oro apareció, el local estalló en aplausos y cuando subió al cuadrilátero, aquello fue el delirio. La única particularidad en su indumentaria residía en aquella máscara dorada que cubría la casi totalidad de su rostro.

Levantó ambos brazos en señal de saludo. Eran unos brazos poderosos, sin un gramo de grasa. Se movía con distinción. Como un felino.

—Tiene personalidad —dijo Máximo.

—Sí, y además es un atleta. Fíjate en sus músculos. Parecen de acero.

—¿De dónde habrá salido? —preguntó Máximo—. Jamás había oído hablar de él.

—Es un misterio que quiero aclarar. Pero es indudable que ese luchador atrae al público, le domina con su personalidad. Ahora falta ver qué tal lucha.

J. J. Marlowe no había exagerado lo más mínimo.

Máscara de Oro dominó desde un principio a su rival de la forma que quiso. Y eso que «Lobo» Sonny no era malo.

La técnica de aquel desconocido era altamente depurada. Poseía además una gran agilidad unida a una contundencia poco común en los golpes.

No era necesario recurrir a las clásicas payasadas para meterse al público en el bolsillo.

«Lobo» Sonny se veía incapaz de contrarrestar la gama de golpes que estaba recibiendo. Solo un par de ocasiones dejó constancia de su clase, pero Máscara de Oro volvió a contraatacar sin pérdida de tiempo.

Atenazó a su rival entre las piernas y le mantuvo inmóvil todo el tiempo que quiso a pesar de los esfuerzos de «Lobo» por liberarse de aquella dolorosa presa.

El público estaba totalmente entregado a su ídolo. Coreaba su nombre a cada acción de Máscara de Oro.

«Lobo» navegaba por el *ring*. Iba de un lado para otro, dando tumbos. Y Máscara de Oro le acosaba continuamente, sin respiro. Cada vez que lograba atenazarle, le mantenía inmóvil, le dejaba que se agotase con sus esfuerzos para escapar de la terrible presa.

—Es astuto… —dijo Máximo—. Revienta a sus rivales.

—Juega con ellos como el gato con el ratón.

«Lobo» apenas podía mantenerse de pie.

Y el público gritaba cada vez con más fuerza el nombre de Máscara de

Oro, de aquel misterioso luchador a quien nadie le había podido ver el rostro.

Máscara de Oro cogió por el cuello a su rival y lo arrojó por encima de él. Repitió aquella misma presa en media docena de ocasiones. «Lobo» acabó tendido sobre la lona, sin apenas fuerzas para mover un solo músculo de su maltrecho cuerpo.

El árbitro empezó a contar.

«Lobo» hizo un esfuerzo por ponerse de pie. Y cuando lo consiguió, Máscara de Oro saltó a su cuello con ambas piernas y dando una increíble vuelta sobre sí mismo, arrojó a su rival por encima de las cuerdas. Fue algo sorprendente. Algo que dejó encandilado a Dundee que jamás había visto nada parecido, no ya solo por la espectacularidad de la presa sino por la increíble potencia que Máscara de Oro había demostrado poseer.

«Lobo» Sonny quedó paralizado en el suelo mientras Máscara de Oro alzaba victorioso ambos brazos en medio de una atronadora ovación.

Dundee se puso inmediatamente de pie.

—¡Tengo que conseguir que me firme un contrato, Máximo! ¡Es el luchador mejor y más espectacular que he visto en mi vida!

* * *

Mongo soltó una carcajada y cerró la puerta del vestuario.

—¿Has visto lo que yo, Tony?

Lamota se quitó la Máscara. En su desfigurado rostro también apareció una sonrisa.

—Sí. Ahí estaba el todopoderoso Dundee y el lameculos de Máximo.

—¡Si hubieras visto la cara que han puesto ambos! Dundee estaba impresionado.

De repente sonaron unos golpecitos en la puerta del vestuario…

—¿Quién es? —preguntó Lamota volviéndose a poner la máscara.

—Mike Dundee. Soy un importante promotor de Nueva York y me gustaría hablar con usted.

Tony le hizo una indicación a Mongo para que desapareciese por otra puerta.

—¡Adelante!

Cuando Lamota les vio tan cerca de él, sintió deseos de estrangularles. El odio le había paralizado. Y los poderosos músculos de su cuerpo estaban en tensión.

Mike Dundee quiso estrecharle la mano. Tony no hizo el menor gesto para corresponder al saludo.

—¿Qué desea, señor Dundee? —preguntó Lamota.

—Contratarle.

—El señor Dundee es el promotor de lucha libre más importante de Nueva York —se apresuró a decir Máximo.

—Lo sé.
—Bien, en ese caso ya habrá comprendido lo importante que puede llegar a ser para usted firmar un contrato en exclusiva conmigo… —dijo Dundee mirando fijamente a Máscara de Oro, intentando descubrir su personalidad.
—Señor Dundee, dejemos las cosas claras desde un principio —dijo Lamota—. Aquí, en Las Vegas, soy un ídolo. Lleno el local cada vez que combato. Y caben cerca de ocho mil espectadores. Gano mucho dinero. Si me quiere en exclusiva, tendrá que doblar esa cantidad. De otro modo, no me interesa.
—Ponga usted mismo el precio. Luego, le diré si me conviene o no.
—Trescientos mil dólares.
—¡Se ha vuelto loco! Ninguno de mis luchadores los gana en toda su vida.
—Sus luchadores son una porquería, señor Dundee. Empezando por ese «Mohicano» Dirxon. Es un *bluff*.
—¿Has oído eso, Máximo?
—Sí, jefe.
—Nuestro amigo se cree el mejor del mundo.
—Y lo soy, señor Dundee —respondió rápidamente Lamota—. Puedo vencer a su campeón sin ningún esfuerzo. Y si no me cree, ¿por qué no organiza un combate entre los dos?
—No es mala idea.
—Con una condición.
—¿Cuál?
—Si pierdo, le firmo ese contrato gratis por dos años. Pero si gano me paga usted los trescientos mil en el acto.
Los ojos de Dundee se achicaron. Su cerebro de hombre de negocios trabajó a gran velocidad. Y llegó a la conclusión de que tenía que aceptar el reto.
—De acuerdo —dijo finalmente Dundee.
—¡Pero, jefe! —exclamó Máximo dándose cuenta del riesgo que aquella operación entrañaba.
—¡Cierra el pico! —le ordenó Dundee.
—Estaré en Nueva York pasado mañana —dijo Lamota.
—Muy bien… —respondió Dundee—. Y ahora muéstreme su rostro. Me gusta saber con quién trato.
—Eso no es posible… por ahora. Pero quizás se lo muestre en alguna ocasión. Buenas noches, señores.
Cuando Dundee y Máximo abandonaron el vestuario, Mongo apareció rápidamente.
—¡Lo hemos conseguido, muchacho! —casi gritó.
Lamota se quitó la máscara.

—Sí, pero habrá que ir con mucho cuidado con ese par de víboras. ¡No debe fallar nada, Mongo!

CAPÍTULO VIII

Cuando llegó a Nueva York, lo primero que hizo Mike Dundee fue llamar a su despacho a «Mohicano» Dirxon y cuando media hora después lo tuvo frente a él, le contó sus planes.

—Hemos estado en Las Vegas viendo a un gran luchador, Dirxon. Un auténtico fuera de serie. Y voy a organizar un combate entre tú y él para dentro de una semana.

—¿Quién es? —preguntó «Mohicano».

—Se hace llamar Máscara de Oro.

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Yo también, pero no tiene nada de extraño. Estoy bastante desconectado con lo que ocurre en Las Vegas. Ya tengo bastantes problemas aquí. Bueno, ¿qué me dices, muchacho?

—No le tengo miedo a nadie, señor Dundee. ¡Le venceré!

—Así me gusta. Procuraré que antes del combate haga alguna exhibición para que observes sus posibles fallos. Dirxon, me juego mucho con este combate. Si le vences, tendrás una buena recompensa.

—¿Cuánto?

—Quince mil.

—Trato hecho.

—Bien, chico. Ahora ve a entrenarte duro. Dile a Rizzo que te dedique todo el tiempo.

Cuando Dundee y Máximo se quedaron a solas, el lameculos exclamó muy abatido:

—¡Este va a ser el peor negocio que hayas hecho en tu vida, Mike!

Dundee sonrió.

—¿Tú crees? Máximo, eres un ingenuo.

—Mike, recapacita. «Mohicano» no puede vencer a Máscara de Oro. ¡Y perderás trescientos mil dólares!

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? En primer lugar, está por ver si nuestro campeón no puede vencer a Máscara de Oro. «Mohicano» no es tan malo. Pero en el supuesto de que ese enigmático luchador venciera a Dirxon, yo no iba a desembolsar ni un miserable dólar.

—No te entiendo, Mike… —dijo Máximo confuso—. ¿No le has prometido trescientos mil?

—Vuelvo a repetirte que eres un ingenuo, Máximo. Nueva York es muy grande y pueden ocurrir muchas cosas, ¿comprendes? Cualquier persona está en peligro en esta ciudad…

Máximo se echó a reír.

—Ahora empiezo a ver claro… Sí, tienes razón. Esta ciudad es un enorme basurero y hay muchas ratas…

—Lo único cierto es que nosotros sí que haremos un buen negocio con ese combate. Empieza a prepararlo todo. Ya sabes, publicidad, apuestas y todo eso.

—Sí, jefe.

—No te duermas. Solo nos quedan unos pocos días.

Al quedarse a solas, Dundee se sirvió un whisky y luego encendió un cigarrillo. Era más astuto que cualquiera de los que le rodeaban. Había nacido para ganar dinero.

Y para triunfar.

Recordó a Máscara de Oro. Aquel misterioso luchador podría ser una mina de oro.

¡Lástima que hubiera de liquidarle si vencía a «Mohicano» y luego le exigía cobrar los trescientos mil dólares que le había prometido!

* * *

Dundee se encargó de que la llegada de Máscara de Oro a Nueva York fuera sonada.

Organizó un gran *show* en un hotel de la ciudad para presentar al enigmático luchador. Todo le parecía poco para conseguir que aquel combate fuese todo un espectáculo.

Lamota se presentó ante los periodistas deportivos que se encontraban en el Hotel, con el rostro cubierto por la máscara. Dundee hizo la presentación.

En un apartado rincón se encontraba «Mohicano». Observó detenidamente los movimientos del que iba a ser su rival. Eran ágiles, felinos. Y parecía tener una gran potencia. De repente tuvo un mal presentimiento. Un presentimiento que le indicaba que iba a perder el combate.

Dundee llamó a «Mohicano».

—¡Ven, muchacho! Acércate.

Dirxon se acercó hasta el numeroso grupo de periodistas que rodeaban a Máscara de Oro.

—¡Dense la mano! —sugirió un fotógrafo.

«Mohicano» extendió la suya. Pero Máscara de Oro no se la estrechó.

—Además de vencerle —dijo Dirxon—, voy a darle una lección de modos a nuestro amigo…

—¿Qué tiene que decir a eso? —le preguntó un periodista a Lamota.

—Que no es más que una bravuconada. «Mohicano» Dirxon es un luchador del montón.

El aludido, hizo intención de agredir a Tony. Dundee le detuvo.

—Quieto, muchacho. Eso se verá en el *ring*.

—¡Voy a destrozarte, payaso! —gritó «Mohicano»—. ¡Te arrancaré esa asquerosa máscara y haré que te la comas!

Todos los que estaban allí presentes se volvieron para observar la reacción de Máscara de Oro, pero el luchador no se inmutó.

Se limitó a decir:

—Si no tienen nada más que preguntarme, volveré a mi habitación. Tengo que descansar.

—¡Sí! —le volvió a gritar «Mohicano» cuando Lamota se alejaba—. ¡Será mejor que descanses que buena falta te va a hacer!

Dundee alcanzó a Máscara de Oro antes de que este entrase en el ascensor.

—Se me ha ocurrido que podría hacer alguna exhibición en mi gimnasio antes de la pelea. ¿Qué le parece la idea?

—Y llevar a esa basura de «Mohicano» para que observe mis fallos, ¿verdad? No, señor Dundee.

Cuando Lamota entró en la habitación, se quitó la máscara y la arrojó sobre una silla.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Mongo.

—He estado a punto de lanzarme al cuello de ese hijo de perra de Dirxon. ¡No podía olvidar que me había vendido a Dundee!

—Ten calma, muchacho. Está llegando el gran momento.

—Sí, y espero que todo salga bien.

—Naturalmente que sí…

—A veces pienso que me estoy tomando demasiadas molestias. Mongo. Debería matarles a todos y en paz.

—¿Y luego? ¿Qué, Tony? La cárcel para siempre. No. Es mejor así. Haz caso de este viejo.

Lamota miró a su compañero. Estaba sentado en una silla con el rostro crispado por el dolor.

—¿Cómo va eso, amigo? —le preguntó.

—Hoy me duele un poco…

—En cuanto termine todo esto, te llevaré a un buen hospital para que te curen.

—No pienses ahora en eso, Tony. Piensa únicamente en darles una buena lección a esos granujas.

* * *

Y por fin llegó la gran noche.

El «Catch Palace» era un hervidero de gente. A pesar de la fama con que venía precedido Máscara de Oro, las apuestas estaban seis a dos a favor de «Mohicano» Dirxon.

Naturalmente, el público recibió con grandes aplausos a este último y con silbidos a su rival.

«Mohicano», tan pronto pisó la lona, dejó escapar su conocido grito de guerra, un grito que el público ya coreaba y que cuando esto ocurría, el local se convertía en un infierno. Pero todo aquello añadía una indudable emoción y espectacularidad a la velada.

Dirxon, en su rincón, clavó sus ojos en Máscara de Oro. Este permanecía muy tranquilo, completamente indiferente a todo cuanto estaba sucediendo en su entorno. «Mohicano» observó que su rival también le estaba mirando a través de los diminutos agujeros de la máscara; sentía aquella fría mirada fija en él como si se tratara de dos puñales. Y experimentó un escalofrío. Era la primera vez que le ocurría algo parecido. La primera vez que estaba convencido de que alguien podía vencerle.

Y también llegó al convencimiento de que su rival le odiaba.

Pero ¿por qué?

Sonó el *gong*.

«Mohicano» no se precipitó. Quería primero estudiar a su rival.

Tony Lamota se lo había enseñado así.

¡Lamota! ¿Qué habría sido de él? Nadie había vuelto a tener noticias suyas después de… aquello.

Dirxon vio que Máscara de Oro no se movía. Permanecía quieto, cerca de su rincón, con sus poderosos brazos colgando y las piernas entreabiertas.

El público empezó a gritar.

Le pedían a «Mohicano» que atacase. Pero por primera vez, Dirxon no les hizo caso. Tenía miedo. Máscara de Oro le producía un gran respeto.

—Vamos, campeón —oyó que le decía de repente—. ¿A qué estás esperando? ¿O es que me tienes miedo? ¡Ataca ya! Un verdadero campeón tiene que atacar el primero…

«Mohicano» se enfureció al oír aquello y cometió su primer error. Se lanzó por los aires intentando colocar sus potentes pies en el rostro de Lamota. Pero este le esquivó con gran agilidad y Dirxon dio con su trasero en la lona. Sin embargo, se levantó con gran rapidez. Sus ojos despedían fuego.

Volvió a la carga y en esta ocasión logró atrapar a su rival. Le atenazó entre sus hercúleos brazos y le obligó a hincar la rodilla. El público bramaba.

De repente, «Mohicano» tuvo la impresión que le faltaba el oxígeno cuando recibió aquel inesperado golpe con el codo en la boca del estómago. Fue un golpe perfectamente calculado. Justamente en el centro, donde resulta más doloroso y eficaz. Se vio obligado a aflojar su presión.

Máscara de Oro aprovechó aquella indecisión. Cogió a «Mohicano» por el cuello y le obligó a saltar por encima de él.

Dirxon cayó de espaldas, pero se revolvió con gran agilidad solo que esta vez recibió un tremendo rodillazo en pleno rostro. Pero aquello no fue

todo. Antes de que pudiera reaccionar, Máscara de Oro le golpeó con su poderoso antebrazo. «Mohicano» salió despedido hacia las cuerdas, aturdido.

El *gong* le salvó.

Una vez en su rincón, Rizzo le dijo:

—Ándate con cuidado con sus golpes. Creo que es su fuerte.

—En este asalto le voy a machacar, Rizzo. ¡Tengo que hacerlo!

Miró a Máscara de Oro. Parecía una estatua en su rincón. Y observó que no tenía preparador.

Volvió a sonar el *gong*.

El público coreó de nuevo el nombre de «Mohicano». Le incitaban a que acabase con él. Dirxon se tiró en plancha contra Máscara de Oro y le alcanzó con la cabeza en el pecho.

Lamota se tambaleó. Había sido un golpe terrible.

«Mohicano» volvió a la carga con intención de terminar de una vez. Ahora estaba seguro de que podía hacerlo. Sin embargo, se equivocó.

Máscara de Oro, repuesto de aquel golpe, saltó por los aires y conectó un preciso golpe con el pie en el rostro de «Mohicano». El luchador salió despedido hacia atrás, completamente cogido por sorpresa debido a la fulgurante reacción de su rival. Luego, sintió las poderosas garras de Máscara de Oro en su cuello y el doloroso impacto de sus antebrazos en la cara. Cada uno de aquellos golpes era como un martillazo.

El público empezaba a asistir al funeral de su campeón.

«Mohicano» intentó escapar de aquel alud de golpes. Pero de repente, se vio sujeto por la cintura y zarandeado por todo el cuadrilátero. Y todo estaba ocurriendo a una velocidad sorprendente, sin darle tiempo a reaccionar.

Por fin Máscara de Oro se detuvo. Sujetando a «Mohicano» entre sus poderosas piernas, agotándole, asfixiándole.

—¡Está empleando el mismo truco que le vimos en Las Vegas! —gruñó Dundee en su palco.

—Le está haciendo puré —añadió Máximo.

—Tenlo todo preparado por si acaso.

—Sí, jefe —respondió Máximo y desapareció del palco.

Máximo se dirigió por los solitarios corredores hacia el despacho de Dundee. Tenía que hacer una llamada telefónica.

De repente, alguien le salió al paso. Eran dos tipos vestidos de paisano. Máximo se detuvo, receloso.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

—Policía —respondió une de ellos mostrándole una placa—. Haga lo que tenga que hacer. Nosotros le seguiremos.

Máximo se había puesto tremendamente pálido.

* * *

«Mohicano», en su rincón, sangraba abundantemente por la nariz y por la boca.

Rizzo le aplicó hielo.

Dirxon solo tenía ojos para su rival. Estaba allí, frente a él, tan tranquilo. Seguro de sí mismo. Y aquello le irritaba, le ponía furioso.

—Muchacho —le dijo su preparador—. Solo te queda este asalto para intentarlo. ¡Acaba con él o tendrás el público y a Dundee encima!

«Mohicano» hizo lo que su preparador le pedía. No le quedaba otra alternativa. Dejó escapar su grito de guerra para infundirse valor y se arrojó sobre Máscara de Oro. Pero este le recibió con un tremendo golpe de antebrazo. Dirxon sintió el impacto en la sien. Aquello le atontó. Cayó fulminado en la lona. Jadeando. Y una vez más, sorprendentemente, se vio atrapado entre las garras de su rival y zarandeado Salió despedido por los aires y volvió a caer al suelo. Entonces. Máscara de Oro, le obligó a colocarse de espaldas, puso un pie sobre la misma y le rodeó el cuello con su potente brazo.

«Mohicano» se estaba asfixiando. Y tenía la impresión de que su cuello se podía partir en dos en cualquier momento.

—Podría matarte, puerco… —oyó que le decía entonces su rival—, pero no lo haré porque te necesito… Vas a ser mi testigo… quien diga a la policía que fuiste tú quien le dijo a Dundee dónde podían encontrarme y que fueron sus matones quienes me arrojaron por aquella ventana…

«Mohicano» hubiese querido morir. Ahora ya sabía quién se ocultaba detrás de aquella máscara. ¡Tony Lamota!

Pero de repente sus pensamientos se vieron interrumpidos al salir despedido por las cuerdas. Luego, su cerebro quedó en blanco.

* * *

Dundee entró en su despacho. Dos hombres iban con él.

Se sentó detrás de su mesa. Chasqueó los dedos y uno de los matones le sirvió un whisky.

—¿Alguien ha visto a Máximo?

—Se ha esfumado, jefe.

Dundee estaba asustado. Algo iba mal. Y encima, ahora, tendría que enfrentarse a «Máscara de Oro».

—¡Buscad a Máximo! —gritó Dundee—. ¡Tiene que estar por alguna parte!

La puerta se abrió al cabo de un momento.

—Vengo a cobrar lo que me prometió, señor Dundee —dijo Máscara de Oro.

—No tengo tanto dinero aquí, muchacho…

—Abra esa caja.

Dundee se echó hacia atrás en el asiento.

—No voy a hacer tal cosa, estúpido. ¿Por quién me has tomado?

Los dos matones sacaron sus armas.

—Estos te van a llevar a dar un paseo.

—¿Pretende matarme como hizo con «Mano de Piedra»? ¿O con mi chica?

Dundee miró sorprendido al luchador.

—¿Quién diablos eres?

Lamota se quitó la máscara.

—¿Me reconoces, Dundee?

—No…

—Sí, soy yo. Tony Lamota. Mira bien este rostro. ¡Míralo bien, hijo de perra!

El promotor retrocedió, lívido, cuando vio que Tony avanzaba hacia él.

—¡Disparad! ¡Disparad, estúpidos! —les gritó a sus hombres—. ¡Matadle!

Quizás lo habrían hecho si en aquel momento no llega a abrirse de par en par la puerta del despacho y aparecen los dos policías con sus armas.

—¡La policía! ¡Quietos!

Dundee intentó recuperar su compostura. Y sonrió amablemente.

—Menos mal que han llegado a tiempo, agentes —dijo—. De otro modo, este individuo hubiese acabado conmigo.

Observó la reacción de los policías. Ambos le miraban fijamente, con total indiferencia.

Dundee sintió deseos de llorar.

Sobre todo cuando vio aparecer a Máximo entre dos agentes, esposado.

—¡En marcha! —ordenó uno de los policías.

Uno a uno fueron abandonando el despacho.

Y sobre la mesa quedó una máscara dorada…

FIN

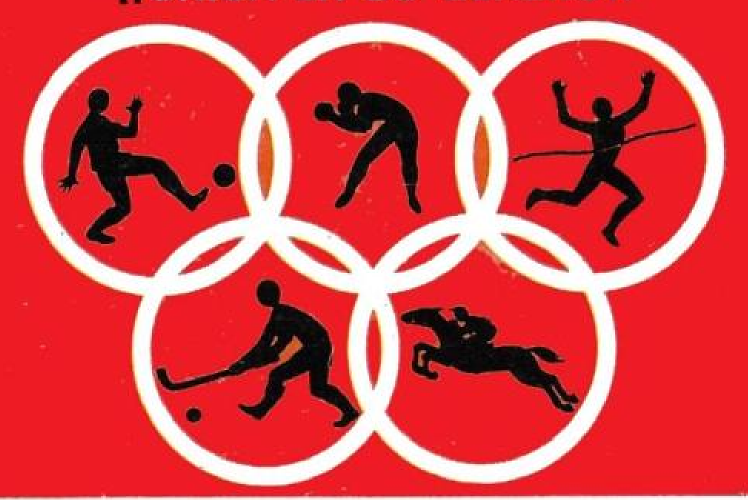
COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es
IDEALISMO Y NOBLEZA
pero también
SANGRE Y CORRUPCION
Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España